

# Boletín 96 Editorial

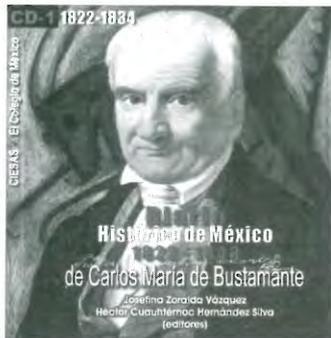
MARZO-ABRIL DE 2002



Josefina Vázquez, profesora emérita

Mario Ojeda: 40 años del Centro de Estudios Internacionales

Entrevista con Saurabh Dube



## DIARIO HISTÓRICO DE MÉXICO 1822-1848. Carlos María de Bustamante

TENEMOS POR FIN, y después de muchos frustrados intentos, la obra completa de Carlos María de Bustamante, *Diario Histórico de México 1822-1848*. En la recopilación, revisión de documentos, corrección, minucioso estudio de los originales, participaron doña Josefina Zoraida Vázquez (El Colegio de México) y don Héctor Cuauhtémoc Hernández Silva (CIESAS). La edición de cincuenta y cinco tomos, en ciento y tantos volúmenes, se logró gracias al apoyo de varias instituciones (CONACYT, el IMC, INEHRM), y al interés de varias personas: Francisco Toledo, que donó los dibujos que ilustran esta edición, Jaime Hernández (director del Instituto Michoacano de Cultura, IMC), y de don Diódoro Carrasco Altamirano, que cuando secretario de Gobernación aportó dinero para costear parte de su investigación.

Aquí está Bustamante entero. De esa manera se puede decir (atento a los estudios, notas, prólogos), que se tiene la valoración final de Bustamante considerado historiador, cronista, periodista, editor de obras máximas desconocidas en su tiempo, en ediciones que costó de su peculio, anotó, amplió, y a veces —cosa de lamentar— retocó texto, falla que queda compensada por haberlas dado a conocer y salvarlas de pérdida y olvido. El *Diario Histórico de México* se enriquece con el gran rescate de los cuarenta y tantos cuadernos que por años permanecieron en el convento de Guadalupe de Zacatecas, y del que a principio de siglo editó un tomo Elías Amador, así como de las partes que se conservaban de él en las bibliotecas Bancroft y del Museo de Antropología de México.

Carlos María de Bustamante, recordémoslo una vez más, nunca se proclamó historiador: siempre dijo humildemente que él sólo recopilaba noticias para que alguno, con pluma mejor cortada que la suya, más tarde escribiera la verdadera historia de México en los tiempos que corresponden a su *Diario*. Humilde que era en este sentido don Carlos. El tiempo y el cuidadoso estudio de sus escritos llevaron a verificar que era al propio tiempo historiador y cronista; diarista siempre de buena fe. Si la obra registra errores, inexactitudes, fue porque fue escrita al compás de los acontecimientos, sin la perspectiva que permitiera situarlo de modo exacto en el marco correspondiente.

Tienen ahora los historiadores mexicanos ocasión de leerlo y de situarlo en su justo marco, ya despojado de tantas negaciones que sus enemigos se complacieron en endilgarle. Aquí está don Carlos María de Bustamante con sus obras en las manos, escritas con el puño tembloroso que le dictó su corazón y su mente amorosos. Con lágrimas y sangre, sin otro norte que su amor a México por el que vivió y murió.

Ciudad de México, lunes 29 de octubre del año 2001.

Andrés Henestrosa

### EL COLEGIO DE MÉXICO

El Colegio de México, A. C., Dirección de Publicaciones, Camino al Ajusco 20, Pedregal de Santa Teresa, 10740 México, D. F.  
Para mayores informes: 5449 3000, exts. 3090, 3138 y 3295, Fax: 5449 3083 o Correo electrónico: publi@colmex.mx

## VOICES of Mexico



**D**escubra México en un recorrido por lo más sobresaliente de sus manifestaciones artísticas y culturales. La revista *Voices of Mexico* editada totalmente en inglés, incluye ensayos, crónicas, reportajes y entrevistas sobre economía, política, ecología y relaciones internacionales.



Informes: Tel: 5659 2349, 5659 3821  
Fax: 5554 6573  
E-mail: voicesmx@servidor.unam.mx  
<http://www.unam.mx/voices>

# ÍNDICE

Acta de la reunión de la Junta de Gobierno  
de El Colegio de México  
celebrada el día 18 de marzo de 2002  
■ 3

Josefina Vázquez, Profesora Emérita  
■ *Andrés Lira González* ■ 5

Josefina Vázquez, maestra ejemplar  
■ *Guillermo Palacios* ■ 7

Una historiadora con fuerte impulso:  
Josefina Zoraida Vázquez  
■ *Víctor L. Urquidí* ■ 9

Vocación histórica  
■ *Josefina Zoraida Vázquez* ■ 13

El Centro de Estudios Internacionales  
de El Colegio de México cumple 40 años  
■ *Mario Ojeda* ■ 15

Conjuntos y conductas en la hora abasí  
■ *Rubén Chuaqui* ■ 19

Poemas  
■ *Alejandra Camposeco* ■ 26

La presencia de lo subalterno: entrevista con Saurabh Dube  
■ *Gabriela Lara* ■ 28

## *Pinturas mexicanas en el siglo xix*

EL COLEGIO DE MÉXICO, Camino al Ajusco 20, Pedregal de Santa Teresa, 10740 México, D. F., Teléfono 5449 3000, ext. 3077, fax 5645 0464

Presidente ANDRÉS LIRA GONZÁLEZ ■ Secretario general DAVID PANTOJA MORÁN ■ Coordinador general académico CARLOS ROCES DORRONSORO  
■ Secretario académico ALBERTO PALMA ■ Secretario administrativo HUMBERTO DARDÓN ■ Director de Publicaciones FRANCISCO GÓMEZ RUIZ ■  
Coordinador de Producción JOSÉ MARÍA ESPINASA ■ Coordinadora de Promoción y ventas MARÍA CRUZ MORA ARJONA

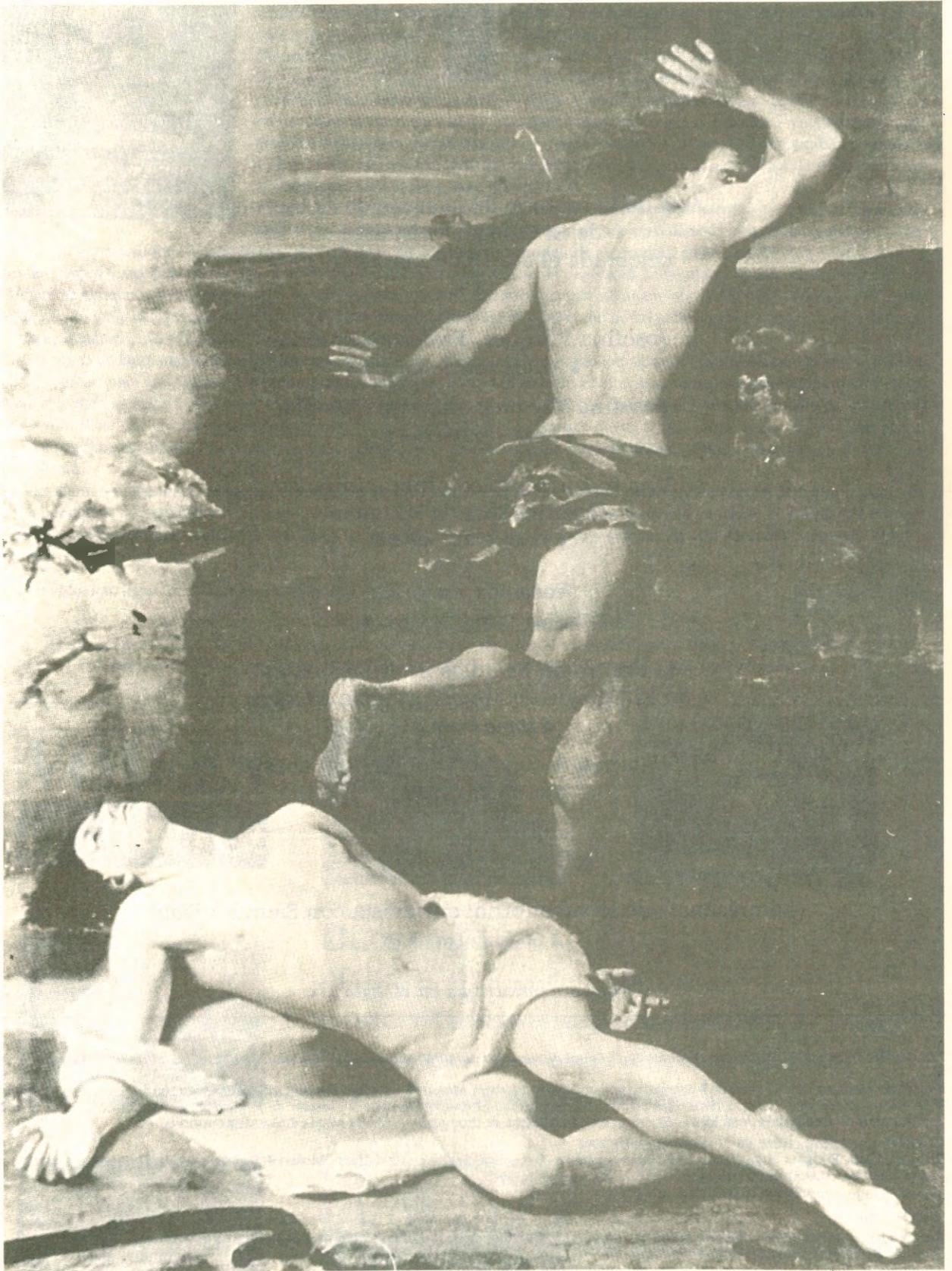
BOLETÍN EDITORIAL, NÚM. 96, MARZO-ABRIL DE 2002

■ Diseño IRMA EUGENIA ALVA VALENCIA ■ Diagramación y formación EZEQUIEL DE LA ROSA MOSCO ■ Corrección GRACIA FRANCÉS SÁNCHEZ E  
ISMAEL SEGURA HERNÁNDEZ ■ Portada ACUARELA: ESCLAVO MEXICANO

Impresión Reproducciones y Materiales, S. A. de C. V.

ISSN 0186-3924

Certificados de licitud, núm. 11152 y de contenido, núm. 7781, expedidos por la Comisión Calificadora de Publicaciones y Revistas Ilustradas el 15 de mayo de 2000; núm. de reserva 04-1999-112513491900-102.



# Acta de la reunión de la Junta de Gobierno de El Colegio de México celebrada el día 18 de marzo de 2002

El día 18 de marzo de 2002, a las 12:00 horas, se reunió la Junta de Gobierno de El Colegio de México, con la asistencia de las siguientes personas:

Dr. Andrés Lira González  
Presidente de la Junta de Gobierno

Dr. José G. Moreno de Alba  
Miembro de la Junta de Gobierno

Mtro. Alejandro Rossi Guerrero  
Miembro de la Junta de Gobierno

Dr. José Sarukhán Kermez  
Miembro de la Junta de Gobierno

Prof. Rafael Segovia Canosa  
Miembro de la Junta de Gobierno

Lic. Sergio Valls Hernández  
Miembro de la Junta de Gobierno

Asistieron también los licenciados David Pantoja Morán y Alberto Palma Cabrera, Secretario General y Secretario Académico, respectivamente, de El Colegio de México.

La reunión se desarrolló conforme al siguiente:

## ORDEN DEL DÍA

ÚNICO. Propuesta para designar Profesora Emérita a la Dra. Josefina Z. Vázquez Vera.

El Dr. Andrés Lira González da inicio a la reunión e informa a los miembros de la Junta de Gobierno que el Director y el Personal Académico del Centro de Estudios Históricos, le enviaron una solicitud para que se otorgue la categoría de Emérita a la Dra. Josefina Zoraida Vázquez Vera, solicitud que oportunamente fue apoyada y avalada por los profesores Víctor L. Urquidí y Mario Ojeda Gómez, Profesores Eméritos y ex presidentes de El Colegio. Documentación que oportunamente fue remitida a cada uno de los miembros de la Junta.

Menciona el Dr. Lira que tal como se los comentó el pasado día 5 de marzo, él apoya plenamente dicha solicitud en virtud de la importante labor que ha desarrollado en beneficio de El Colegio de México y a su valiosa labor en materia de investigación y difusión del conocimiento.

La Dra. Vázquez Vera ha tenido una estrecha relación con El Colegio desde 1960, fecha en que ingresó como investigadora del Centro de Estudios Históricos.

Ha desempeñado diversas funciones en El Colegio de México: fue Editora de la revista *Historia Mexicana* durante 1964 y 1965 y Directora de la misma de 1991 a 1993; del 1 de octubre de 1976 al 30 de septiembre de 1982 fue Directora del Centro de Estudios Históricos; ha participado durante varios años, por elección de la comunidad académica del CEH y de El Colegio, como integrante del Consejo Académico Consultivo y de la Comisión Dictaminadora.

Por otra parte, la profesora Vázquez Vera ha obtenido importantes reconocimientos, entre ellos, es miembro de número de la Academia Mexicana de Historia desde 1978 y consecuentemente es miembro correspondiente de la Real Academia de la Historia (1979), de la Academia Colombiana de la Historia (1995) y de la Academia



Nacional de Historia (1999); es miembro del Consejo Consultivo de Ciencias de la Presidencia de la República (1999); recibió el Premio Interamericano Andrés Bello en 1991; el Premio Antonio García Cubas que otorga el INAH, por su libro "La intervención norteamericana, 1846-1848" en 1997 y recibió en 1999 el Premio Nacional de Ciencias y Artes.

Como profesora se ha desempeñado en la Universidad Iberoamericana; en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional Autónoma de México; en la Universidad Autónoma de Nuevo León; en la Universidad Duke; en la Universidad de Texas en Austin; en la

Universidad de Puerto Rico; en la Universidad de Frankfurt; en la Universidad de Londres; en la Universidad de Bamberg, la República Federal Alemana; en la Universidad de Florencia y en la Universidad de California en Berkeley.

Como investigadora ha entregado sus conocimientos a través de 12 libros; 30 capítulos de libros; 138 artículos; cuatro libros de difusión y en cuatro libros en los que participó como coautora. Además de haber publicado múltiples antologías, reseñas y artículos de difusión. Ha participado en un número considerable de congresos y conferencias nacionales e internacionales y ha sido invitada por prestigias instituciones académicas nacionales y extranjeras para impartir cursos en el área de su especialidad y para realizar estancias de investigación.

De igual manera ha sido promotora y organizadora de innumerables reuniones y actividades académicas.

De esa suerte y ante la evidencia de sus contribuciones y reconocimientos, los miembros de la Junta de Gobierno ratifican en este acto el siguiente acuerdo que adoptaron el 5 de marzo pasado:

ACUERDO.- En reconocimiento a la valiosa labor de la Dra. Josefina Zoraida Vázquez Vera en beneficio de El Colegio de México y a su destacado desempeño en materia de investigación y difusión del conocimiento y en la formación de profesores e investigadores, se le designa en base al capítulo X, artículos 60 al 63 del Estatuto del Personal Académico de El Colegio de México, Profesora Emérita a partir del 18 de marzo de 2002.

No habiendo más asuntos que tratar, se da por terminada la reunión a las 14:00 horas.€

*Andrés Lira*  
DR. ANDRÉS LIRA GONZÁLEZ

*A. J. Rossi*  
MTRO. ALEJANDRO ROSSI GUERRERO

*Rafael Segovia*  
PROF. RAFAEL SEGOVIA CANOSA

*J. G. Moreno*  
DR. JOSÉ G. MORENO DE ALBA

*José Sariukhan*  
DR. JOSÉ SARIUKHAN KERMÉZ

*Hernández*  
LIC. SERGIO VALLES HERNÁNDEZ

# Josefina Vázquez, Profesora Emérita

**E**mérito es quien habiéndose distinguido en el desempeño de su cargo durante tiempo considerable, merece el reconocimiento y disfruta, consecuentemente, del premio o recompensa que se le otorga.

Por ahí van las definiciones que podemos sacar de diccionarios. No ciertamente del *Diccionario del español usual en México* de El Colegio, señal de que no se considera *emérito* palabra de uso frecuente en la sociedad mexicana. Pero lo cierto es que en la comunidad universitaria la voz emérito tiene consistente aplicación y, como parte de esta comunidad, en la de El Colegio de México lo ha tenido en debida proporción y consecuencias prácticas.

En efecto, profesores eméritos de El Colegio de México son Silvio Zavala, Antonio Alatorre, Víctor Urquidi, Luis González, Moisés González Navarro, Margit Frenk, Rafael Segovia, Mario Ojeda y Gustavo Cabrera. Ahora, Josefina Vázquez, cuyos merecimientos son muchos y diversos, a grado tal que la Junta de Gobierno ha tenido que resumirlos descartando otros para dar forma debida al acta que se leerá en esta celebración.

Fuera de formalidades hemos de recordar que quien destaca a lo largo de su carrera y llega (o no, porque puede suceder) al reconocimiento del emeritazgo, ha dejado en sucesivas generaciones un recuerdo imborrable. Me atrevo a decir que de la maestría en historia de El Colegio, fue mi generación la primera que dis-

frutó del curso de Historia de los Estados Unidos que impartió Josefina Vázquez en El Colegio, un curso que nos abrió el horizonte de una historia fascinante, con un trabajo intenso que no admitía flojera, ni queja, pues tampoco permitía la baja de entusiasmo; nos familiarizó con una bibliografía riquísima que iba desde el manual (*National Experience*), hasta las obras monográficas de corte diverso, como *The Uproothed*, de Oscar Handlin, pasando por las antologías documentales, para llegar a la literatura y a testimonios visuales y acústicos de esa grande y complejísima civilización compuesta de culturas y barbaries.

A ese primer impacto siguen las muchas y variadas oportunidades que el trato con Josefina Vázquez nos ha abierto en otros campos, señaladamente el acercamiento a la historia y política social de nuestro siglo XIX y, sobre todo, a una actitud que no admite simulaciones, gasmonerías ni cursilerías en el abordaje de cualquier situación. Su excelente disposición ha sido piedra de toque en la construcción de posibilidades.

De la generosidad de Josefina Vázquez, de su saber y franqueza hay, pues, para muchos de quienes estamos aquí reunidos testimonio personal, que venimos a hacer ahora público en este acto de reconocimiento, al dar a conocer y al celebrar su nombramiento como profesora emérita de esta importante comunidad de la universidad mexicana que es El Colegio de México. €



## Josefina Vázquez, maestra ejemplar

El Centro de Estudios Históricos tiene el honor de recibir, como Profesora Emérita de El Colegio de México, a la Dra. Josefina Zoraida Vázquez Vera, en el año en que cumple 40 años de militancia incansable a favor de la historia y en defensa de los intereses académicos de la institución, y de su ámbito particular, el Centro de Estudios Históricos. Este merecidísimo homenaje es también un regalo de cumpleaños, que la Dra. Vázquez habrá de celebrar dentro de unos días.

El Colegio recibió a Josefina Vázquez en la década de 1960, cuando quien esto lee y algunos otros actuales colegas de oficio, no pasábamos de unos jóvenes más o menos impertinentes e interesados en todo lo que se nos pudiera aparecer. Jackie Kennedy no era todavía Jackie Onassis, y Carlos Monsiváis era un común mortal, igual a cualquier otro, o casi. Josefina Vázquez, dueña ya de dos doctorados y un posdoctorado, se había desempeñado como investigadora-discípula de Edmundo O’Gorman y de Daniel Cosío Villegas, como integrante de su seminario de Historia Contemporánea de México. Se estrenó como profesora del Centro de Estudios Históricos en 1964, al tiempo en que entraba al campo la segunda promoción de la maestría.

En su capacidad docente, la Dra. Vázquez se dedicaba a tratar de meternos en la cabeza alguna noción de la importancia de estudiar la historia de Estados Unidos —especialidad a la que se había dedicado por amable insistencia de don Daniel, que la había empujado a especializarse en Harvard para llenar ese hueco en la institución.

Josefina Vázquez estudiaba Estados Unidos y sus guerras, y ya comenzaba a mantener las suyas propias

en un Centro que, a nosotros, alumnos también de Gaos, de Miranda y de Zavala, de Margit Frenk y de Antonio Alatorre, y atentos escuchas de las increíbles historias nacidas de la curiosidad inagotable de Luis González, nos parecía un lago de tranquilidad.

De allá para acá, nuestra homenajeadada ha desempeñado los más altos cargos de responsabilidad académica y administrativa, ha ofrecido decenas de cursos de maestría y doctorado, y ha sido directora de numerosas tesis, muchas de las cuales se han convertido en libros de excelente calidad. Fue fundadora del Seminario de Historia de la Educación, en el que se formaron diversos investigadores, y que produjo una línea enteramente nueva en la historiografía mexicana, además de varios libros publicados por El Colegio de México.

Ha sido autora de diversas iniciativas interinstitucionales que han resultado en grandes proyectos de investigación y de divulgación de la historia de México, como el de Archivo de Notarías, la serie de historia diplomática de México y la Gran Historia Ilustrada de México, entre otras. Ha sido infatigable en sus esfuerzos por establecer puentes que unan a El Colegio con diversas personalidades e instituciones, tanto académicas como de financiamiento, así en México como en el extranjero, muy particularmente en Estados Unidos y en Alemania. También incansable ha sido su defensa de los legítimos intereses académicos de nuestra institución en todos los numerosos comités y comisiones interinstitucionales y gubernamentales en los que ha participado.

Ha honrado a nuestra institución con sus logros, entre los que destaca su incomparable obra historiográfica

ca, integrada por más de 17 libros individuales —que incluyen varios clásicos que han visto sucesivas reimpresiones y reediciones— y nueve en colaboración con otros autores, además de decenas de capítulos de libros y casi una centena y media de artículos publicados en las revistas de mayor prestigio del mundo académico nacional e internacional. Ha editado 17 antologías y firmado medio centenar de reseñas críticas. Sus trabajos presentados ante congresos científicos y sus conferencias nacionales e internacionales pasan de 350.

No han sido menores los reconocimientos nacionales e internacionales de que ha sido objeto, entre los cuales destacan el Premio Interamericano Andrés Bello, su estatuto de Investigadora Emérita del Sistema Nacional de Investigadores, su carácter de miembro de número de la Academia Mexicana de la Historia, de la cual fue Presidente, y, por si fuera poco, el Premio Nacional de Ciencias y Artes en el Área de Historia, Ciencias Sociales y Filosofía, en 1999.

La Dra. Vázquez ha llevado y mantenido en alto el nombre de El Colegio de México en los círculos académicos de Estados Unidos, Inglaterra, Alemania, Italia, países todos en cuyas universidades ha ejercido su excelente labor docente. A lo largo de sus más de 40 años de servicios a El Colegio de México, a decenas de otras instituciones académicas, y a la ciencia y profesión de la Historia, Josefina ha sido, y es, en resumen, una maestra ejemplar y generosa, y una investigadora incansable en sus iniciativas, minuciosa en sus abordajes empíricos, de gran rigor metodológico y originalidad temática.

Algún diccionario de la lengua, mal informado, como lo demuestra el caso actual, define *emérito* como “(Profesor) jubilado al que se le prorroga su función docente en atención a sus méritos”. Más apropiada al caso presente, aunque no refleje con entera fidelidad la realidad, es una segunda definición, según el diccionario corriente en la antigüedad romana, que otorgaba el título a los soldados que habían cumplido con su tiempo de servicio. Es evidente que ninguna sirve para Josefina Vázquez, quien se ha mostrado también inmune a otras definiciones y a casi todas las clasificaciones comunes en nuestro medio.

La primera es injusta porque, además de privar de cualquier mérito a quien no haya sido nombrado emérito, exige que se jubile al agraciado, en este caso a Josefina, cosa que a todos, allí incluido el presupuesto, nos parece inaceptable.

La segunda se aproxima más pues se atribuye a la figura de un soldado —que ha encarnado en Josefina cada vez que una batalla digna de sus armas y de su sentido de justicia la ha llamado a acudir al acero y al bridón— pero tampoco se aplica en su extensión, pues implica un término del cumplimiento del deber.

Ambas aciertan y erran, y es que Josefina no es un blanco fácil. La primera acierta porque sus méritos son indiscutibles y establecen un nivel de excelencia, tanto en la investigación como en la enseñanza, difícil de igualar. La segunda, que se aproxima al referirse al guerrero —a la guerrera— desacierta porque menciona la conclusión del servicio de las armas. Y eso, evidentemente, no es el caso. Las armas siguen allí, preparadas e intactas: la inteligencia, la ironía, la erudición, el sentido de la justicia y el rigor intelectual, la prodigalidad y la entrega a la que ha sido, para ella y para muchos otros, su verdadera casa, El Colegio de México.

La Dra. Vázquez es nuestra cuarta emérita (nuestra del Centro), aunque en realidad es la primera, porque los otros son eméritos. Le preceden don Silvio Zavala, un especialista en el periodo colonial temprano de la historia de América; Luis González y González, creador de la microhistoria, difícil de fijar en un campo, como no sea el de San José de Gracia y redondezas; Moisés González Navarro, destacado investigador de la historia moderna de México y a últimas fechas el más intenso contribuidor a la historia de la revolución mexicana, en especial a la de la guerra cristera. Y ahora Josefina, insuperable en la historia de Estados Unidos y en la de la primera mitad del siglo XIX mexicano.

Todos activos, productivos y lejos de haber terminado el servicio del deber. Las áreas bien cubiertas, el conocimiento bien asentado, la crítica y la revisión de posturas y percepciones anteriores a la orden del día.

Mi lejanía de México durante un largo periodo, que incluye los años en que Josefina fue directora del Centro, me privó, entre otras cosas, de aquellas capturas de los sentidos que podrían haberse convertido en recuerdos, que por su vez, recuperados en tono de anécdota, alimentarían la leyenda que siempre se forma en torno de personajes como ella.

Quién sabe ahora, que tengo el privilegio de encontrarme de nuevo en su proximidad, y el deleite de convivir una vez más con ella, podré coleccionar esos recuerdos y ofrecerlos, como elementos legendarios, en otro de los homenajes que seguramente habrán de venir. €

# Una historiadora con fuerte impulso: Josefina Zoraida Vázquez

*Comentarios de un economista, hoy ambientalista*

El Presidente de El Colegio de México, doctor Andrés Lira, me ha asignado la honrosa tarea de colaborar en la ceremonia por la que se otorga a la doctora Josefina Zoraida Vázquez —es éste el nombre profesional con que firma sus trabajos— el nombramiento de profesora-investigadora emérita. Lo hago con gran gusto y sobre todo con gran respeto por la labor de los historiadores en El Colegio de México, con los que he estado asociado desde los años cuarenta. Me limito a dar testimonio de que tuve la suerte de colaborar en el Centro de Estudios Sociales que de 1943 a 1946 dirigió José Medina Echavarría,<sup>1</sup> y que fui colega y amigo, en consecuencia, de Silvio Zavala, Ramón Iglesia, José Miranda y otros profesores, a la vez que aprendía siempre de Daniel Cosío Villegas en su insistencia en el conocimiento de la historia económica de Estados Unidos y de la región latinoamericana. Debo añadir que en mis estudios en la Escuela de Economía de Londres, tomé cursos de historia económica de los maestros Richard Tawney, Vera Anstey, Eileen Powell, Jack Fisher y Charles Webster y leí obras de otros contemporáneos (entre ellos David Glass y Alexander Carr Saunders en historia demográfica), así como de los maestros de todos ellos. No lo digo para presumir sino para revelar que, hasta cierto punto, tenía capacidad para entenderme directamente con los historiadores. Más tarde, ya en México, habría de mantener contactos con Silvio Zavala en sus materias y con Daniel Cosío en su etapa de producción de la Historia Moderna de México.

<sup>1</sup> Clara E. Lida y José A. Matesanz, *El Colegio de México: una hazaña cultural, 1940-1962*, Colección Jornadas 117, México, El Colegio de México, 1990.

Cuando se me designó presidente de El Colegio de México en 1966, uno de mis propósitos fue procurar una mayor interrelación entre los distintos centros y programas, lo que entre otras cosas me llevó, por medio de Cosío Villegas y de Luis González y González a tratar de penetrarme de las actividades y necesidades de apoyo del Centro de Estudios Históricos. De ello resultó para mí un gran enriquecimiento intelectual y una serie de amistades que han perdurado. No sabía yo que ese periodo de El Colegio, de 1966 en adelante, quedaría plasmado con toda claridad en la segunda parte de la historia de la institución, a cargo precisamente de Josefina Zoraida Vázquez, en *El Colegio de México: años de expansión e institucionalización, 1961-1990*.<sup>2</sup> Obviamente, este tomo me toca mucho más de cerca, pues abarca, entre 1966 y 1985, el periodo en que tuve la responsabilidad de presidir nuestra institución. Aunque alguna vez llamé a este periodo “El Colegio de las Ciencias Sociales”, es claro que para mí la historia era parte de esas ciencias sociales, sobre todo porque en ese periodo el Centro de Estudios Históricos se aproximó mucho más a la historia contemporánea, por ejemplo, con la Historia de la Revolución Mexicana, con historia social, con análisis demográfico y con historia financiera y económica nacional y regional. Nunca me cupo la menor duda de que para comprender la problemática del México del siglo XX era necesario conocer mejor el XIX, como me lo aconsejaba el doctor José Gaos y lo demostraba la obra de Cosío Villegas, y en particular las convulsiones del periodo de la Revolución y de la construcción institucional posterior. Y como además insistía Josefina Zoraida Vázquez, era esencial saber la historia de las guerras con Estados Unidos

<sup>2</sup> Colección Jornadas 118, México, El Colegio de México, 1990.



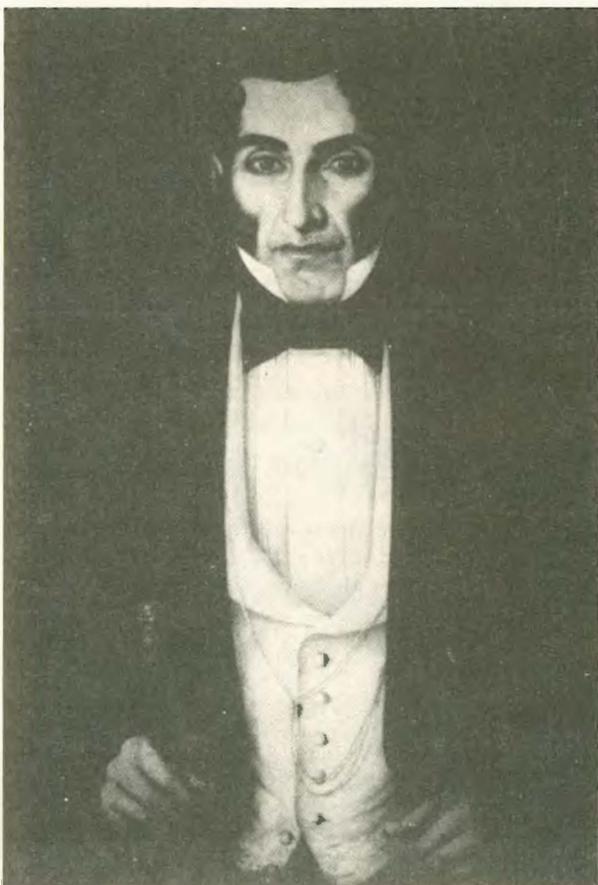
y de las relaciones con el pueblo y los gobiernos norteamericanos, que ella investigó. Era evidente que en materia de historia nacional ningún periodo del pasado debía omitirse, y El Colegio ha dado muchas muestras de investigaciones de gran valor en temas del siglo XVI en adelante. En lo que podía, leía yo artículos en *Historia Mexicana*, así como los originales o las ediciones impresas de muchos de los libros que los profesores escribían, entre ellos María del Carmen Velázquez, Luis González y González, Jean Meyer, Enrique Florescano, Alejandra Moreno Toscano, Jan Bazant y muchos más, sin faltar la profesora Josefina Vázquez.

En aquellas épocas El Colegio y sus profesores asumieron varias tareas de investigación que a su vez tuvieron gran interés en la esfera de las políticas sociales de México. Una de las áreas fue la de la demografía y la política de población —a la que no me voy a referir en esta ocasión—, y otra la de la reforma educativa. En esta última, se habían hecho varios estudios históricos; don Daniel siempre me recomendó leer a Justo Sierra, y además leí a Alberto J. Pani. Pero a mí como economista me parecía en los años sesenta que el sistema educativo mexicano, pese a sus méritos, no iba a ser adecuado para los propósitos de desarrollo futuro del país. Las fallas estaban en todos los niveles del sistema. Había yo participado con el Secretario de

Educación Pública, don Jaime Torres Bodet, como asesor nombrado por la Secretaría de Hacienda y Crédito Público, en la elaboración del Plan de Once Años para la educación primaria. No tardé en proponer al Secretario —sería el año 1960 o 1961— que se iniciara un estudio sobre las repercusiones de este Plan en las necesidades de la educación secundaria, y don Jaime autorizó que por mi conducto se hiciera, en una oficina de consultores dirigida por el ingeniero Gerardo Cruickshank, con un pequeño equipo de economistas, entre ellos Juan F. Noyola, un primer estudio de proyección. Cuando se lo presentamos y lo leyó, decidió guardarlo en una caja fuerte —e ignoro dónde pueda hallarse un ejemplar de ese trabajo; jamás se comentó. En contacto con Porfirio Muñoz Ledo, entonces funcionario menor en la Secretaría de Educación, me tocó empezar a darme cuenta de la estructura universitaria en México, lo que me serviría años después para participar en estudios relativos al medio universitario, su organización institucional y su valor para la política de ciencia y tecnología.



Quiero referirme sin embargo a la etapa concreta en que la Secretaría de Educación Pública, por medio de su titular el ingeniero Víctor Bravo Ahuja nos pidió, hacia 1971, colaboración para la reforma de los libros de texto. Se le asignó a El Colegio la parte correspondiente a los textos de primaria en ciencias sociales –aparte los de lengua española– y se formó un equipo con Luis González y González, Josefina Vázquez y otros profesores, además de estudiantes del Centro de Estudios Históricos. Trabajaron con gran entusiasmo y capacidad para crear los nuevos libros de texto, los ensayaron ante alumnos de primaria y ante maestros –con gran ventaja entre los primeros–, los revisaron y corrigieron, los ilustraron, y en particular los destinaron a enseñar la historia a partir de la realidad actual y visual que los alumnos vivían en diferentes partes del país, además de introducir los adelantos de la ciencia lingüística, en que El Colegio, en su Centro de Lingüística y Literatura, tenía ya gran competencia. Mi azoro llegó a su máximo cuando la doctora Vázquez me propuso que redactara yo dos o tres lecciones simples de economía para el libro de segundo grado; estuve en no sé cuántas reuniones con ella y con Eli-



zabeth Velázquez para saber el alcance que semejante aventura educativa pudiera tener y al fin preparé esas breves lecciones. Yo me decía que los niños ya debían saber, por su experiencia diaria, algo de economía: iban al mercado, tenían tal vez una alcancía de cochinito, hacían canjes de canicas por otras cosas, en fin, usaban monedas para comprar dulces, etcétera, y alrededor de eso redacté esas lecciones en que se explicaba la función del dinero para convertir el trueque en comercio y dar origen al ahorro familiar. Creo que resulté buen alumno de las maestras de Historia y de Pedagogía, pues llegué a ver impresas las lecciones, aunque años después supe que el Consejo Técnico de la Educación exigió se eliminara de los libros de texto cualquier referencia al dinero y el comercio por ser elementos viciosos del sistema capitalista –como si los niños no supieran ya más que sus maestros. Menciono todo esto porque en esa tarea se demostró que una historiadora de la educación era perfectamente competente para redactar libros para la enseñanza primaria, y para encargar una pequeña parte de uno de ellos a un economista. No es que yo creyera que la economía moderna se podía aprender a los 8 o 9 años de edad. En mi experiencia personal, no recuerdo nada de Economía en mi educación temprana; aprendí a leer en Bogotá, en los libros de Pinocchio que ponía a mi alcance un segundo secretario de la Legación de España, amigo entrañable de mis padres en aquellos lejanos tiempos. La economía la aprendí mucho más tarde por una serie de accidentes [...] históricos, entre ellos la Guerra Civil de España y otros temas que no vienen ahora al caso.

No me corresponde narrar la carrera profesional de la maestra Vázquez en El Colegio de México, que la llevó a la dirección del Centro de Estudios Históricos y a la formación en seminarios de gran número de futuros historiadores. Sólo decir que lo que ella ha representado como investigadora y profesora, en su cátedra, en sus estudios dentro y fuera de México, y en sus escritos, así como en intervenciones en conferencias internacionales, ha puesto muy en alto, a mi juicio, el nombre y el prestigio de El Colegio. Por ello su designación hoy como profesora-investigadora emérita me parece la consecuencia natural de una trayectoria sólida, de gran objetividad, y de impulso positivo hacia la formación de nuevos investigadores y maestros. Josefina Zoraida Vázquez, independientemente de sus méritos personales, ha trabajado para los demás, en la gran tarea a la que El Colegio de México está dedicado. Y esperamos todos que mantenga su impulso y su entusiasmo por el conocimiento histórico y por la dilucidación de la verdad entre el maremágnum de mitos en que vivimos. €



## Vocación histórica

**A**ntes que nada quiero expresar mi agradecimiento a las autoridades de El Colegio de México por haber presentado mi candidatura al emeritazgo y a la Junta de Gobierno por aprobarla. No menos agradezco las palabras de mis queridos colegas en la mesa.

La noticia de la distinción, me ha hecho recordar en estos días el largo trayecto de mi relación con El Colegio de México hasta convertirse en mi verdadera casa.

No he podido menos que rememorar ese día del verano de 1960 en Mendoza, Argentina, adonde me encontraba con una beca de la OEA, en que recibí la invitación de don Daniel Cosío Villegas para incorporarme a su Seminario de Historia Contemporánea de México, en una carta firmada por Moisés González Navarro. A mi vuelta, hacia fines de octubre, me entrevisté con don Daniel. Recuerdo como si fuera ayer, la impresión profunda que me hizo conocerlo en su oficina de aquella casa de la plaza de Río de Janeiro. Con su forma peculiar me interrogó sobre mi viaje, mis estudios, mis generales, y quedamos en que me incorporaría el 1 de noviembre, ya que —vale decir—, por entonces El Colegio sólo suspendía actividades los 5 días obligatorios legalmente.

En estos ya más de cuarenta años, he experimentado los múltiples cambios sufridos por la institución. Viví el paso de la esquina de la plaza de Río de Janeiro a la primera casa propia de El Colegio en Guanajuato 125, su ampliación al segundo edificio y después a las casas rentadas por los alrededores. En 1976 experimenté el difícil paso de la entrañable sede de la colonia Roma al “palacio” del Pedregal. Ello implica que he vivido bajo cinco diferentes presidentes de la institución y ocho directores de mi Centro de Estudios Históricos y, en especial, la transformación de la pequeña familia que constituíamos todos en los años se-

sentía, a la institución de hoy en día requiere que nos identifiquemos.

Tal vez el profundo arraigo que tengo a este querido Colegio se deba al hecho de que no fue para nada sencilla mi incorporación. Parte de las dificultades derivaron de los enfrentamientos metodológicos por entonces tan en boga, que casi satanizaba a los heterodoxos y a sus alumnos, a pesar de que don Daniel favorecía el pluralismo.

De don Daniel recibí lecciones de todas clases, tanto que me convirtieron en su discípula, aunque no lo fuera formalmente. Sus lecciones humanas y académicas, entre ellas la de someter todo escrito a crítica y saber aceptarla me permitieron crecer tanto intelectual como humanamente. Así, sin renunciar a mis raíces universitarias, ni a mi convicción por entonces totalmente historicista, me identifiqué plenamente con el proyecto institucional de don Daniel. Me convenció el tipo de empresa de investigación colectiva e interdisciplinaria, así como su prédica constante de utilizar los resultados de la investigación para renovar el conocimiento histórico, contribuyendo a la redacción de textos escolares y libros y programas para el gran público.

Las circunstancias y amigos muy entrañables me ayudaron a sortear los años de prueba. Entre ellos Jorge Alberto Manrique y en especial Eduardo Blanquel, quien se incorporó a El Colegio el mismo día que yo, lo que hizo que nos apoyáramos mutuamente. Para los dos resultó inapreciable contar con la amistad de Luis González quien, a contracorriente, se empeñó a hacernos sentir parte de la institución, de la que era hijo predilecto.

Además del cambio de edificio, favoreció mi integración a El Colegio la oportunidad que me ofreció don Daniel en 1962 para irme a especializar en historia de

Estados Unidos a la Universidad de Harvard. De manera que cuando volví en septiembre de 1964, me integré ya al Centro de Estudios Históricos como profesora de tiempo completo. Don Daniel ya había dejado la presidencia de El Colegio, no obstante lo cual, seguí contando con su apoyo para desarrollarme como profesora e investigadora. Fue él quien me animó a volver a la docencia en la UNAM y formó parte del jurado en el concurso de oposición para la cátedra de historia de Estados Unidos; después colaboró escribiendo artículos y dictando conferencias para ampliar el interés en el conocimiento de Estados Unidos, todavía por entonces víctima de los prejuicios de la guerra fría.

Un aspecto muy entrañable de mi carrera en El Colegio ha sido la docencia. Recuerdo vívidamente mi primer grupo en esta casa: la segunda generación del CEI, formada por estudiantes mayores que los que ahora cursan licenciatura y lleno de malosos. Por entonces, el curso de Historia de Estados Unidos en el CEI lo dictábamos un profesor norteamericano y yo, él la primera parte y yo la segunda. Aunque contaba con la experiencia docente de la Facultad de Filosofía, de la Ibero y del Poli, me impresionó dictar clase por primera vez, en aquel auditorio de la calle de Guanajuato, aunque logré sortear el reto, y muchos de ellos se convirtieron con el tiempo en buenos amigos. También guardo buen recuerdo de mi primera generación del Centro de Estudios Históricos, de la que formaban parte dos miembros de esta mesa, con ellos compartí horas muy gratas y discusiones muy sustanciosas. Después vinieron mis primeros doctorandos, el japonés Kasuhiro Kobayashi, los norteamericanos Dorothy Tanck y Clark Crook Castán y el colombiano Jorge Mora Forero, a los que seguirían después muchos mexicanos y varios extranjeros. Si cierro los ojos puedo recordar nombres, caras y anécdotas de todos ellos, sobre todo al recibir sus felicitaciones en estos días.

Mi paso por la dirección del centro coincidió con diversos cambios: cambio de sede, ampliación de perspectivas y ciertas complicaciones en la vida colegial. Al igual que en el 68 padecí los problemas del movimiento estudiantil, sufrí la huelga de 1980, pero también tuve la satisfacción de ver los frutos del doctorado en Historia, del Seminario de Historia de la Educación, del proyecto del índice computarizado de Notarías, iniciado con mi recordado Robert Potash, la elaboración del tomo VI de la Historia de Salvat con mis alumnos y la de organizar dos reuniones de historiadores mexicanos y norteamericanos y algunas otras.



La publicación de mi libro *Nacionalismo y educación en México* me abrió la oportunidad de ser invitada a coordinar el libro de texto gratuito de Ciencias Sociales, con la colaboración de colegas de varias instituciones, de todos los centros de El Colegio y del propio presidente, Víctor Urquidi.

La docencia ha seguido siendo fuente de enormes satisfacciones. Los seminarios y la dirección de tesis me han permitido seguirme educando y, de acuerdo a la tradición colegial, continuar organizando grupos de investigación, para hacer la historia de la política exterior de México, editar los Planes Políticos, redactar una nueva historia en fascículos, la historia de la guerra con Estados Unidos y la del primer federalismo mexicano.

Al recibir esta distinción recuerdo a mis padres, a mi familia y a mis maestros, entre ellos, en especial a Edmundo O'Gorman y a Juan Ortega y Medina en la UNAM, y a Bernard Bailyn y a Oscar Handlin en Harvard. Desde luego la confianza y el apoyo de don Daniel Cosío y de Víctor Urquidi, de Roque González y de Mario Ojeda, así como de Andrés Lira y ahora de Guillermo Palacios. No quisiera olvidar a nadie de los muchos que recuerdo, algunos presentes en esta sala.

Recibo con gran satisfacción el emeritazgo como oportunidad para continuar sirviendo a la institución, por ello agradezco a sus autoridades, a mis colegas y, en especial a mis estudiantes, no sólo de esta institución sino de todas en las que he tenido el privilegio de enseñar, porque han sido la fuente de inspiración que me ha permitido desarrollar mi vocación histórica. Mil gracias. €

# *El Centro de Estudios Internacionales de El Colegio de México cumple 40 años*

Solían decir los soviéticos –y digo solían– porque como ustedes saben éstos ya no existen. Hoy día tenemos en su lugar a rusos, ucranianos, georgianos y hasta chechenos, pero no soviéticos. Bueno, pero decía yo que solían decir los soviéticos que un brindis sin discurso es borrachera. Yo creo que nuestra directora, Celia Toro, pensó en esto cuando me pidió que hiciera uso de la palabra en esta comida en representación de todos nosotros.



Tradicionalmente los logros de una institución académica en materia de formación profesional se han mediado conforme a indicadores de “éxitos terminales”. En otras palabras, el problema de cómo evitar la deserción. Pero el problema no se limita únicamente a la deserción que ocurre en el transcurso de la carrera, sino también a aquella que se da al final de ésta. Hay quienes habiendo terminado sus estudios nunca logran titularse.

Ella tiene toda la razón. Es necesario, conforme a protocolo, que alguien haga la presentación del acto y yo lo hago con mucho gusto, convencido por ella de que esta tarea, que es un gran honor, corresponde al decano del Centro, o sea, en palabras simples, al más viejo.

Empezaré por decir que no pretendo explicar a ustedes, que fueron estudiantes del Centro de Estudios Internacionales, lo que es la Institución. No voy a contarles su propia historia. Quiero sin embargo, recordar algunos hechos y anécdotas, así como subrayar algunos méritos de nuestro Centro.

Debo hacer notar que el simple hecho de que hoy conmemoramos el 40 aniversario de nuestra institución significa que ésta ha alcanzado ya la plena madurez. Ya son varias las generaciones que se han formado en el Centro: 18 de Licenciatura en Relaciones Internacionales, diez de Licenciatura en Administración Pública, cuatro de Maestría en Ciencia Política, una de Maestría sobre América Latina y una de Doctorado en Relaciones Internacionales.

Es por esta última razón que hace algunos años se inició un movimiento en ciertas universidades encaminado a abolir el requisito de la tesis, bajo el argumento de que así se podría aumentar el número de éxitos terminales. Pero esto es una falacia, pues los “éxitos” terminales resultan ser así meramente de forma, ya que el estudiante pierde la oportunidad de aprender a investigar y a redactar por sí mismo. En el CEI la tesis no se considera simplemente como un filtro formal para la graduación, sino como lo que realmente es, parte sustantiva de la formación del estudiante. Gracias a ello hemos formado verdaderos profesionistas y hemos incursionado sobre temas de interés para el conocimiento de nuestra materia.

Pero lo realmente importante para medir el éxito de una institución de educación superior es conocer cuál es el destino final del egresado en el mercado de trabajo. He aquí el indicador decisivo para poder conocer el grado de vinculación verdadero entre los estudios que ofrecen las instituciones académicas y las demandas reales que plantea la sociedad.

Ninguno de nuestros egresados está desempleado. Por el contrario, todos ellos se desempeñan hoy día en tareas de alta responsabilidad, tanto en la diplomacia como en la función pública y la academia. Algunos, los menos, se desempeñan en el mundo de la iniciativa privada. De aquí que el objetivo que se planteó el Centro desde su fundación, el de preparar funcionarios, profesores e investigadores, se haya cumplido plenamente.

Los objetivos de contar con una buena biblioteca, con una revista especializada y publicaciones sobre la materia para ilustrar a la opinión pública, se han cumplido también cabalmente. Hoy día nuestra biblioteca cuenta con volúmenes sobre la materia; la Revista *Foro Internacional* ha publicado ya 166 números desde 1960 y el CEI ha publicado más de 80 títulos de libros.

Pero más importante que destacar la cantidad de la obra es mencionar su calidad. La obra escrita del Centro ha sido ampliamente reconocida en México y en el extranjero y en muchos casos se ha tratado de estudios pioneros que marcaron nuevos derroteros en materia de investigación.

En efecto, la productividad del CEI ha sido tradicionalmente alta en todos los aspectos de la vida académica:

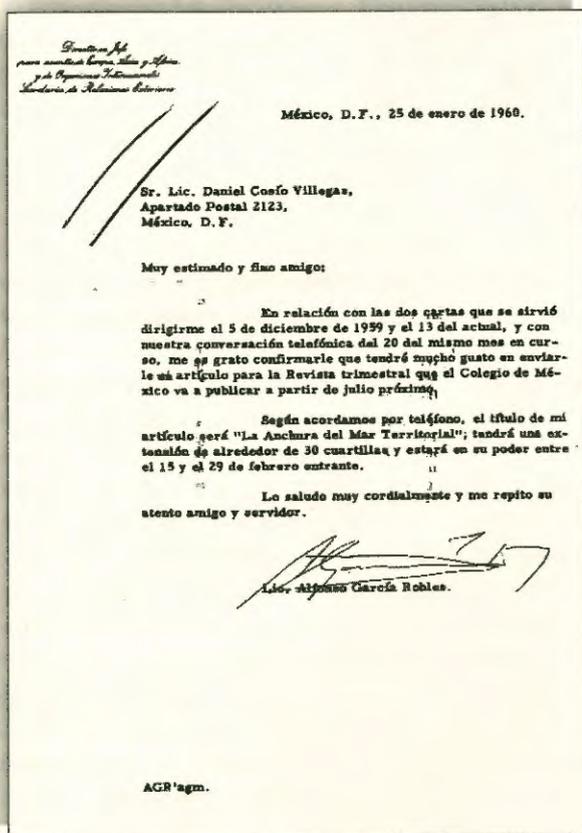
educación, investigación y divulgación. Esto ha sido reconocido internacionalmente. Recuerdo a este respecto una ocasión en la que di una conferencia en la Escuela de Altos Estudios Internacionales de la ciudad de Washington. Pues bien, el profesor encargado de introducirme al público dijo lo siguiente: el profesor Ojeda preside una de las más prestigiadas instituciones privadas de México. Agradecí la presentación pero aclaré que El Colegio era una institución pública. Quien me presentaba se disculpó por la equivocación y dijo que él pensaba que El Colegio era privado dada su alta productividad. Acepté esto, en su momento, como un cumplido. Sin embargo, pienso que éste es un mito que debemos desterrar. La productividad no obedece al carácter privado o público de las instituciones, sino a un complejo de atributos entre los que se cuentan la organización interna, el arraigo de la cultura de evaluación y competencia y la disciplina académica. No en balde hemos recibido recientemente el Premio Príncipe de Asturias en Ciencias Sociales, mérito por cierto, que pertenece a todos nosotros y por lo tanto debemos felicitarnos mutuamente.

Otro mito muy arraigado es el de que el CEI es una institución elitista. Yo nunca he negado esta aseveración. Siempre he contestado que sí lo es, claro está, pero desde un punto de vista intelectual y cultural y no social y económico.

Otro atributo del CEI ha sido el de saber inculcar al estudiante el gusto y el interés por la lectura. En otras palabras, el desarrollo de una cultura de lectores. Claro que esto es posible, en parte, por la gran biblioteca con la que contamos. Recuerdo a un grupo de estudiantes recién llegados contando sus primeras experiencias. Casi todos coincidían en que una de las cosas que más les había impresionado eran las listas de lecturas obligatorias de los cursos, que originalmente las habían tomado como simples sugerencias bibliográficas.

Otras características sobresalientes del sistema de enseñanza del Centro son ampliamente conocidas, particularmente por ustedes mismos. Me limitaré a recordarlas: tiempo completo de maestros y alumnos, con excepciones del lado de los maestros para evitar el peligro de la torre de marfil. Discusión de seminario. Una más es la educación informal. Me refiero, claro está, a las conversaciones con los profesores fuera de las aulas. Esto es posible cuando el profesorado y los estudiantes son de tiempo completo.

Ahora bien, todos estos logros han sido posibles —aunque no quiero restar el mérito personal a cada uno de uste-



U. N. E. S. C. O.  
DELEGACION PERMANENTE  
DE VERBUEN  
PARIS

Paris, 15 de Julio de 1960.

Señor Don  
Daniel Cosío-Villagas  
2a. 7 de la Carrada de Frontera  
Mexico - D. F.

Querido y admirado Cosío :

Espléndido el ditimo tomo de su historia que he recibido, dedicado a la política exterior del "porfirismo". Hay capítulos como el dedicado a Barrios, el dictador liberal de Guatemala, trazados de mano maestra. Un continente castiga a sus protagonistas, con los más agudos epigramas históricos. No quisiera ser personaje de ninguna de sus obras históricas. Lo felicito por tan extraordinaria labor que está realizando.

Casi simultáneamente con la llegada de su libro, lei un magnífico trabajo suyo, sobre México y los Estados Unidos, en la revista de la Universidad Mexicana, que me ha parecido tan penetrante que inspirada en él, voy a escribir un ensayo que titularé "Discursos a los alfabetizadores" y he de dedicárselo con gratitud de lector.

Quando viene por Paris y regresa, me escribiendo con tanto brío e interés, me gustaría mucho hacerla a América.

Con saludos muy cordiales para su señora e hijos, reciba un abrazo de su viejo amigo,

Martín Piñón Salas.

May 14, 1960.

Dr. Zigmund Brzezinski  
The Russian Institute  
311 117 st.  
New York 27, N. Y.  
U. S. A.

Dear Dr. Brzezinski:

Your good letter of May 10th reached me today. You shall have your two reprints, and, of course, there is no trouble at all in having the translation, and I must confess I had some troubles.

The main one is your using the word "campo" as an alternate to "blow", is not synonymous of Field, but has a definite military sense: you certainly may say, for instance, economic field, while it would be queer to say economic camp. In Spanish, both "field" and "camp" could be translated as "campo", but if you want to emphasize the military aspect of the word, we rather put it as "encampment". By first question, then, do you really want to underline the military aspect or implication of the word? Let me add that, in any case, the Spanish expression "campo comunista" (communist camp) is not as good as some other could be: mundo comunista (communist world), for instance, would be much better.

Then we could only guess what translation might be given to this sentence: "... for the first time, the Soviet leadership is able to afford the luxury of maintaining its priority of goals, namely heavy capital development, soviet industrial development..." The first development is not ~~development~~ development? Otherwise, is it heavy industry development as opposed to consumer goods industries? Or is it development of "capital" industries in the sense of being key industries?

In going over the translation I found that although it is really remarkably the lucidity and the coherence of your verbal expression, there are some repetitions, which I tried to avoid in Spanish. I found also that the stenographic version of your lecture is mostly faithful, but then, it seems to me that some mistakes got into it.

I shall be very glad if you clarify those two points at your earliest convenience, as I am handing over the printing shop all the material for the first issue next Monday.

Yours sincerely

Daniel Cosío Villagas  
Aparador 2123  
Mexico, D.F.

DCV/mh.-

des— pero fueron posibles gracias a las becas y al tiempo completo, algo que es muy peculiar de El Colegio de México. Un verdadero privilegio. Por eso les pido ahora, que ya están crecidos y en medio de tiempos difíciles: ayúdenos a poder seguir ayudando a otros a tener una buena educación superior.

Hablar del CEI sin mencionar a don Daniel Cosío Villagas uo es solamente una gran omisión, sino un pecado imperdonable. Él concibió al Centro. Él lo planeó. Él lo puso en marcha. Él consultó con la gente de la Secretaría de Relaciones Exteriores y del Banco de México y él consiguió las aportaciones económicas nacionales y los apoyos de fundaciones extranjeras como la Rockefeller.

El plan de estudios original es de él. Éste tenía, sin embargo, una debilidad. Daba por sentado que los estudiantes te-

nían un conocimiento básico sobre el país y no era así. De aquí que los nuevos profesores nos dimos a la tarea de revisararlo aunque en forma limitada, y fue así como surgieron nuevas materias, como Historia del México Independiente, El gobierno y el proceso político en México y Economía de México. Esto enojó mucho a don Daniel en un principio y hasta llegó a mandarnos —pues él ya se había retirado de El Colegio— una carta groserísima como él mismo solía decir. Pero con el tiempo él aceptó las reformas a su Plan de Estudios. La mejor prueba de ello es el título de uno de sus últimos libros: *El sistema político mexicano*.

Y no podía ser de otra manera, pues él mismo había concebido la fundación del Centro como un proyecto dirigido a superar el juridicismo en la política exterior de México; luego entonces este principio debía aplicarse también a la política interna.

Otra anécdota que recuerdo de don Daniel se refiere a la elaboración del presupuesto anual del CEI. Yo acababa de llegar a El Colegio y don Daniel me había nombrado Director interino del CEI. Una tarde me mandó llamar para que fuera a su despacho y me espetó: tenemos que formular el presupuesto del Centro. Dicho esto, tomó una hoja de papel ya usada y por el reverso empezó a escribir: presupuesto del CEI para el año de 1963. Yo no daba crédito a lo que veía. Entonces me preguntó: cuantos profesores visitantes y cuantos de asignatura tenemos para el año entrante. Yo le respondí y entonces tomó el teléfono y llamó a don Manuel Tello, Secretario de Rela-

ciones en aquel entonces y le dijo: Manuel, necesitamos tal cantidad de dinero para el año que entra. Colgó el teléfono y me dijo: hay que estar pendiente de que este dinero nos lo entreguen a tiempo. Increíble pero cierto, ese era el Centro de aquel entonces.

No quiero mencionar a nadie más en particular puesto que aparte de que sería un cuento de nunca acabar, podría yo cometer injusticias. Por otra parte, creo que, como decía hace un momento, el Centro de Estudios Internacionales es una obra colectiva. Cada uno de nosotros ha puesto su pequeño ladrillo para construir esta institución que hoy cumple 40 años. €

HARVARD UNIVERSITY  
RUSSIAN RESEARCH CENTER

16 DOWDY STREET  
CAMBRIDGE 38, MASSACHUSETTS

May 17, 1960

Dear Mr. Villegas:

Thank you for your letter of the 14th and I regret all the trouble that you must have in connection with my article.

The word "camp" is actually a translation of the Russian word "lager" which they often use. However, if in Spanish it has primarily military connotations, then "mundo" is preferable. I do not want to convey the impression that its primary characteristic is the military. What worries me about "mundo" is that it implies a much looser relationship than "lager". Why not use "bloc" or "orbit" whenever necessary?

Secondly, you are quite right about "capital development". That is a mistake... It should be "investment".

Could you let me know the Spanish title of my article, as well as the full title of your Journal so that I can list it in my bibliography. Also the date, no. etc. of publication.

With kind regards,

Sincerely yours,

*Zbigniew Brzezinski*  
Zbigniew Brzezinski.

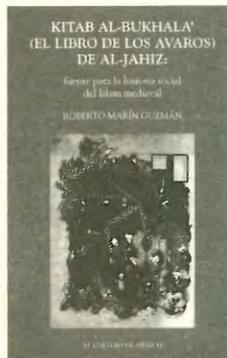
ZB/k1

# Conjuntos y conductas en la hora abasí\*

Sin duda, resulta complejo utilizar el *Libro de los avaros* como fuente de la historia social. En más de una oportunidad lo manifiesta Roberto Marín, reconociendo que se debe proceder con cautela. A mi modo de ver, estamos frente a una triple complicación, aparte de las dificultades que surgen en este aspecto ante cualquier índole de escritos distantes en el tiempo o el espacio o pertenecientes a una comunidad que nos es ajena. Pues en este caso han de añadirse la de cómo cribar la relación entre lo inventado y lo no inventado –problema que las obra literarias suelen plantear–, luego la de distinguir entre lo que es en serio y lo que es en broma, y por último la que suscita el tema mismo, la avaricia. Sin embargo, estoy seguro de que en gran medida son superables los tres obstáculos.

No existen fórmulas infalibles en lo que se refiere a discernir la ficción de lo que no lo es, pero la experiencia y los saberes anteriores constituyen una buena pista. Por otro lado, la búsqueda de efectos cómicos puede embrollar los referentes, pues el *Libro de los avaros* acude con frecuencia a la caricatura, resultado de cargar –*caricare*– las tintas. Es decir, hay una voluntaria distorsión. No siempre lo advertimos a primera vista, pero las más de las veces el deformamiento es obvio. Asimismo, en los residuos dudosos suelen salir en nuestra ayuda contextos indisputables.

La dificultad que por su parte provoca la avaricia estriba en que ésta suele considerarse un rasgo aberrante. Aun



cuando estadísticamente no es algo anómalo –si comparamos entre sí el conjunto de las sociedades en cuanto a la existencia de la peculiaridad–, lo es desde el punto de vista de determinado grupo. ¿Cómo extraer de la anomalía conclusiones sobre comportamientos normales? Se trata de una característica individual con dimensiones colectivas: por ejemplo, y obviamente, incide en el gasto y en el consumo. Sabemos que en un grupo el comportamiento de los reputados avaros suele contrastar con el comportamiento de

la mayoría, pero el saberlo no es suficiente para establecer el punto en que se da el contraste, ni si lo que en una cultura es avaricia en otra es la conducta prevista. Con todo, a menudo es posible desentrañar el enredo, una vez que hemos identificado las coordenadas.

Como adelantábamos, a las tres dificultades que se han apuntado debemos agregar un problema previo que surge ante casi cualquier clase de texto, y no sólo en cuanto fuente del quehacer historiográfico: la paradoja de *lo que por sabido se calla*. Paradoja, porque justamente por sabido suele ser lo más sólido, una especie de lugar topológico que conserva propiedades del objeto a pesar de las transformaciones.

En cierta conferencia oí a Alejo Carpentier referirse a la clásica cuestión de la forma como el escritor modifica el contenido explícito de lo comunicado según el público que tiene en mente. Y ejemplificó entonces con la mención de la ceiba en un relato, diferenciando entre destinatarios cubanos y destinatarios que no tenían la experiencia de la planta. Si se dirige a los primeros, el escritor no necesita detallar las características que distinguen la ceiba de

\* Roberto Marín Guzmán, *Kitab al-Bukhala' (El libro de los avaros) de al-Jahiz: fuente para la historia social del Islam medieval*. México, El Colegio de México, 2001.



otros objetos; en cambio, al dirigirse a los segundos le es preciso describirla de manera que se formen una idea de ella. Por supuesto, en tal caso no hace falta una definición técnica, como la del *Diccionario Vox*, pongamos por caso: "1 f. Árbol bombáceo de las regiones tropicales, muy alto, de tronco grueso, hojas palmeadas, flores rojas axilares y fruto cónico con seis semillas envueltas en una especie de algodón, usado para rellenar almohadas; sus flores son tintóreas y con su madera se fabrica celulosa (*Ceiba pentandra*)."

Naturalmente, en pos de determinados fines el escritor es libre de recurrir a tales definiciones técnicas, tal vez excesivas de ordinario. Tampoco le está vedado transmitir a sus lectores lo que ya conocen. Con tal proceder, por ejemplo, puede suscitar una sensación de extrañeza.

¿A qué público se dirige al-*Yāhiz*? Es casi evidente que sus destinatarios serían sobre todo personas acomodadas, en su mayoría de medio urbano y de sexo masculino, con cierta cultura libresca. El autor habrá procurado ofrecer lo que le interesaba a su público, pero también lo que al propio escritor le interesaba transmitir a ese público al que le interesaba llegar.

Como las demás empresas del mismo tipo, pues, la que ha abordado Roberto Marín tiene limitaciones. Desde luego, no se trata de usar el *Libro de los avaros* como fuente exclusiva para historiar la vida social de su tiempo, ni mucho menos como fuente del conocimiento de toda sociedad islámica futura.

Si bien es lícito buscar constantes que abarcan más de una época, es conveniente no generalizar de manera automática de una época a otra. El mundo islámico del siglo noveno de la era común no es igual, naturalmente, al del siglo XIV o el XV, ni las sociedades de Ibn Jaldún y de al-Maqrīzī son idénticas a las de Irán en esos mismos tiempos. En este sentido, no puede decirse válidamente que lo relatado o descrito por Ibn Battūta vale para todo el mundo islámico, ni para siempre y desde siempre, aunque en ocasiones permite comprobar la supervivencia de prácticas atestigüadas en periodos anteriores. Bien es verdad que al andar de los siglos, conforme crece la tradición letrada, al igual que en otras tradiciones, hay la tendencia de repetir dichos de otros como si gran parte de la realidad a los que se refieren hubiese permanecido inmutable. En tal aspecto, al-*Yāhiz* es un autor privilegiado por escribir desde un tiempo que todavía posee una memoria relativamente corta.

Creo un acierto que, junto con la obra de algunos historiadores y cronistas, en *Fuente* se hayan tenido en cuenta los tratados geográficos, los a menudo llamados libros de caminos y reinos, *kutub al-masālik wa-l-mamālik*. Al respecto me permitiría remitir, no obstante, a un monumental ensayo de André Miquel que no habría sido ocioso utilizar: *La géographie humaine du monde musulman jusqu'au milieu du 11<sup>e</sup> siècle*.

En el *Libro de los avaros*, unas ausencias de datos sobre la sociedad se deben al género, otras a ignorancia del autor, otras a que no quiso transmitirlos, por las razones que fueran. Llama la atención lo exiguo de las noticias sobre el gobierno y la administración. Y lo poco que se habla de la vida rural, la de los sedentarios y la de los nómadas, esos conjuntos que Ibn Jaldún englobaría bajo el concepto de *badī*.

Creo, sin embargo, que en el trabajo de Roberto se reconoce la mayor parte de las categorías y parámetros pertinentes para dar cuenta de una sociedad. Por otra parte, no habría sido redundante enterarse de la manera en que el autor llegó a tales parámetros y categorías.

El grueso de los nueve capítulos de la obra destaca sectores o subconjuntos de la sociedad; de manera obvia, y por orden de aparición, pertenecen a esta especie los siguientes capítulos: Grupos étnicos, Las tribus árabes, Di-

cotomía ricos-pobres, Marginados y discriminados, Profesiones y actividades económicas, División del trabajo por sexo y posición social de la mujer. El capítulo noveno, que se consagra a la religión y las tradiciones, también cabe en esta clase. Uno, el denominado Actividades sociales y pasatiempos (capítulo VII), se centra en modos de actuar. El octavo, Descripciones geográficas, no se refiere en sentido estricto a la vida social, sino a ciertas fuentes para su estudio. Teniendo en vista la totalidad, deseo poner de relieve lo logrado que resulta el desarrollo en algunos de los temas, como el de la posición social de la mujer.

Detengámonos brevemente en dos rasgos que a mi juicio son claves para comprender el planteamiento de la investigación: la imagen de la avaricia que en el libro de Marín se atribuye al sentir popular de tiempos pretéritos y la que algunos estudiosos actuales tienen de ella.

Así, se nos informa: "usualmente en el nivel popular se repetía que las mujeres, los negros y los niños practicaban ciertas formas de avaricia y que nunca eran desprendidos. Sobre las opiniones de cultura popular respecto de la avaricia innata de las mujeres y los niños, el mismo al-Jahiz desarrolla en su *Kitab al-Bukhala'* algunas tradiciones, como se analizarán con detalle en este ensayo." (p. 18) Pero, sabemos, los niños dejan de serlo y se convierten en hombres. ¿Cómo explicar según esto el caso de los adultos de sexo masculino que no son avaros? ¿La avaricia desaparece como el timo, esa glándula situada detrás del esternón y que se extingue o se atrofia con el crecimiento? Si así fuera, parecería haber, limitado a ciertas estirpes, un vínculo con la diferenciación sexual. Y luego habría que explicar por qué en algunas categorías de varones la avaricia perdura y en otras no. Una salida al problema sería genética: dependería del linaje (en el caso de mezclas la respuesta sería: la avaricia es dominante desde el punto de vista de los rasgos heredados). Otra: la avaricia se esfuma sólo merced a la excelencia de un estilo de vida transmitido socialmente.

Ahora veamos de modo sumarisimo un aspecto de la manera en que ha tendido a ver el asunto más de un especialista. Por ejemplo, Serafín Fanjul, traductor del *Libro de los avaros* al castellano, contrapone avaricia a generosidad, no sin justificación, pese a que lo opuesto de la generosidad es más bien la mezquindad (frente a avaricia-derroche).<sup>1</sup> Y

<sup>1</sup> Puede haber gente dispuesta a gastar en sí misma pero no en terceros, gente mezquina pero no avara. Difícil, en cambio, aunque posible, resulta que alguien sea generoso pero extremadamente corto en sus propios gastos: por ostentación, digamos. Es instructivo lo que observa al-Yāhiz alrededor de distintos términos pertenecientes al mismo campo semántico.

un trecho más lejos, el autor de *Fuente*, secundando a Fanjul, habla de dicotomía generosidad-avaricia. En realidad, desde fuera lo que le interesa por sobre todo al que ha tenido que ver con el avaro es la falta de generosidad de éste con terceros.

El hincapié en la generosidad se asocia a veces con la necesidad del escritor de contar con un mecenas. Es éste un tópico de larga data. Pero para el tercer siglo de la hégira ya existía el mercado de libros, lo que permitía cierta independencia, sin con ello hacer superfluo del todo el mecenazgo. De igual manera, podríamos invocar otro tópico más vigente, el de la virtud de la generosidad, sobre todo entre iguales (que hasta cierto punto garantiza la reciprocidad, en la medida en que si falla se deja de ser digno de pertenecer al mismo nivel).

En varios lugares del libro de Marín, y en especial, naturalmente, en la sección dedicada a grupos étnicos, se abordan las relaciones entre árabes y no árabes, en particular entre árabes y persas. Y se señala la discriminación que se dio en los primeros tiempos del imperio islámico, vinculándola con el complejo movimiento reivindicativo de in-





dole política y cultural que suele denominarse *šu'ūbiyya*. Incluso se adopta la idea recibida consistente en afirmar que la meta de al-Ŷāhiz al componer la obra era la de poner en evidencia la superioridad de los árabes sobre los persas, ejemplificada en las anécdotas sobre la avaricia de los mervazíes y en general de los jorasaníes. Empero, no olvidemos que más adelante se apunta que algunas tribus árabes se instalaron en Jorasán, y específicamente en Merv, de manera que por sí solo el hecho de que un avaro sea de Merv no lo excluye de ser árabe. En todo caso, la *šu'ūbiyya*, que sí existió, tuvo alcances definidos y, por otra parte, terminó por desaparecer. No sobra recordar en este aspecto la admiración que hasta la actualidad se manifiesta en varias zonas del mundo árabe por la cultura irania, hasta el punto de que en ellas el vocablo usualmente traducido por *persa* se ha vuelto casi sinónimo de refinado y excelente.

De todos modos, el estudioso costarricense atempera la generalización. Por una parte, indica el surgimiento de sectores cuyos progenitores pertenecían a distintas etnias, caso del propio escritor basrí. Por cierto, en cuanto al he-

cho se utiliza una expresión inquietante. A propósito del apodo al-Ŷāhiz, “el de los ojos saltones”, se dice en efecto: “Probablemente por su origen mezclado con negro resultó tener los ojos un poco más salidos que lo normal” (p. 24). “Lo normal” ¿en qué sentido? ¿Qué correlación hay entre el ser negro y la prominencia ocular? Por lo demás, en Bagdad, Basra o Cufa no deben de haber sido una minoría exigua las personas oriundas del Cuerno de África.

Por otra parte, nuestro historiador no olvida señalar la convivencia de los invasores con los pueblos autóctonos y la adopción de prácticas que les eran propias, incluyendo algunas de origen religioso.

Al respecto, especifica en torno a la península ibérica: Una opinión válida acerca de las razones por las que se dieron tan estrechas relaciones entre musulmanes y cristianos es aquella de Marcelino Menéndez Pelayo, *Historia de los heterodoxos españoles*, Santander, 1946, vol. II, p. 59, donde escribió: “So el amparo de pactos y capitulaciones había quedado entre los musulmanes la mayor parte de la población cristiana, que no era posible ni conveniente exterminar, dado que en tan pequeño número habían venido los invasores” (p. 38). ¿Por qué se considera válida la explicación de Menéndez Pelayo? Según su postura, si hubiera sido posible y conveniente los musulmanes habrían aniquilado a los cristianos. Sin embargo, en extensas zonas de la islamidad han subsistido comunidades cristianas y judías, pese a que habría sido factible destruirlas sin que probablemente hubiera que temer represalias o consecuencias negativas insuperables, de corte económico o de otro tipo. ¿Por qué no considerar otros factores, como por ejemplo el de tomarse en serio las no exiguas prescripciones coránicas que proscriben el uso de la fuerza en materia de religión, entre las cuales destaca el versículo 256 del capítulo II, que, por lo demás, viene citado con otros dos en la sección Profesiones y actividades económicas (p. 115), justamente para ponderar la tolerancia que en general se dio en la Iberia islámica. He aquí la cita completa:

“No cabe la imposición en materia de religión. La verdad sobresale con claridad del error. Aquel que rechace el mal y crea en Dios se habrá aferrado a la verdad inquebrantable” (II, 256); “Los creyentes, los judíos, los sabeos, los cristianos y aquellos que creen en Dios, en el último día y obran bien, no deben temer ni estar tristes” (V, 69); “¡Oh creyentes! Creed en Dios, en Su Apóstol, en el Libro que Él reveló a Su Apóstol y en el libro que había revelado antes” (IV, 136).

Por mi parte, aventuro la sencilla hipótesis de que el argumento de don Marcelino se emparenta con la defensa

de la expulsión de musulmanes y judíos al constituirse el Estado nacional español. Se me viene a la mente la conocida cita: “Locura es pensar que *batallas por la existencia*, luchas encarnizadas y seculares de razas terminen de otro modo que con expulsiones o exterminios. La raza inferior sucumbe siempre y acaba por triunfar el principio de nacionalidad más fuerte y vigoroso” (*Heterodoxos*, ed. cit., t. V, p. 340). En *La ciencia española*, episodio de la polémica de Menéndez Pelayo con la España liberal, y específicamente con los intelectuales krausistas, el autor justifica la expulsión de los judíos con el argumento de que fue por el propio bien de los expulsados, debido al odio que les profesaba el pueblo (también ed. de C.S.I.C., t. II, p. 15). En varios pasajes el joven polemista expresa su tarea como de oposición a los impíos y de defensa de la patria (p. ej., t. I, pp. 367 y 371). Aun si en ellos el empleo de estos términos fuese irónico, lo dicho corresponde a una actitud constante de su vida, fiel a un catolicismo tradicionalista a veces extremo y a un nacionalismo en ocasiones intransigente, actitud que –sin embargo– no logra dismantelar el valor de ambas obras y de otras no menos esclarecedoras como *Orígenes de la novela* e *Historia de las ideas estéticas en España*.<sup>2</sup>

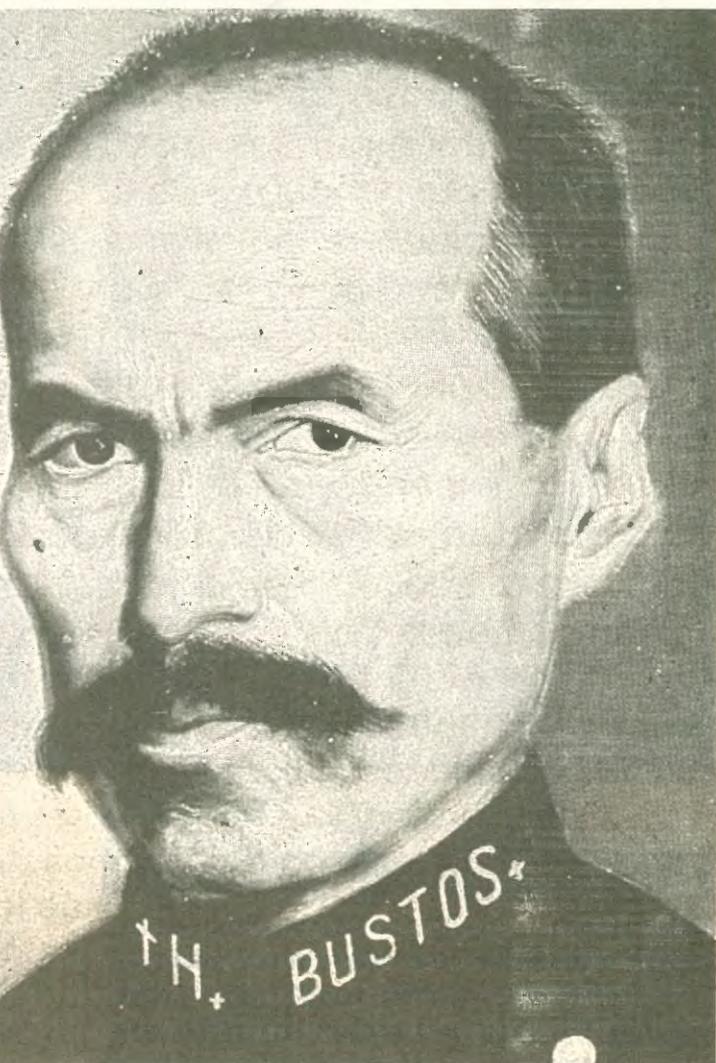
Volviendo al libro de Marín, quisiera destacar las abundantes noticias del capítulo Dicotomía ricos-pobres. Me parece que uno de los puntos salientes es la relación que la mayor o menor riqueza guarda con el par *jāssa-‘amīma*, y la exploración que se hace tanto respecto de lo que la gente cree como respecto de las condiciones reales. En cuanto al mundo real, se reconoce, con razón, la existencia de sectores intermedios, a la vez en lo referente a recursos de vida y según criterios no estrictamente económicos. Aun suponiendo una sociedad agraria extremadamente simple polarizada entre dueños de la tierra y trabajadores y sus familias, es casi inevitable que surjan capataces: aunque se recluten de entre los trabajadores, por miserables que sean, sus funciones son diversas, y se espera que su lealtad vaya hacia los patrones.

En cambio, el primero de estos aspectos, el modo en que los estamentos o clases eran percibidos por las personas, se caracteriza como sigue en *Fuente*: “La riqueza material, el conocimiento de algún arte, de un oficio, de una profesión, las conexiones, los contactos, la educación, el éxito en los negocios –en especial el comercio– dividían la sociedad, de



acuerdo con las fuentes árabes, en dos grupos: la élite o *khassa* y el pueblo común o *‘amma*. La gente parece haber tenido conciencia de que la sociedad se dividía en esos dos grupos. Todos aquellos que estaban en las posiciones de liderazgo, administración política, militar y religiosa formaban parte, de acuerdo con el sentir de la población, de la *khassa*, mientras que el resto de los habitantes constituía la *‘amma*” (p. 61). A mi juicio, la prudencia de Roberto Marín se justifica. No tenemos la certeza de que la dicotomía *jāssa-‘amīma* haya sido legitimada por el grueso de la sociedad. Aun si lo estuviera –lo que no es imposible, desde luego– es probable que hubiese notorios desacuerdos sobre quiénes eran élite y quiénes no y en qué aspectos. Quizá sea ilustrativo retroceder en el tiempo y enfocar un caso que muestra diferencias con éste, pero que a la vez puede ayudarnos a comprender mejor. En la Atenas clásica era común hablar de *hoi polloi* y *hoi oligoi*, literalmente ‘los muchos’ y ‘los pocos’. Allí no parece haber habido disputa en la determinación de los respectivos grupos. Se daba un consenso acerca de quiénes eran los unos y quiénes los otros, y no obstante subsistía una gran discrepancia entre la forma en que unos y otros concebían lo que unos y otros representaban. Podemos dividir arbitrariamente entre pocos y muchos: digamos, un conjunto de cien, 97 frente a 3.

<sup>2</sup> Otro notable polígrafo, el médico humanista Pedro Laín Entralgo, subraya en Menéndez Pelayo, especialmente durante su madurez, el lado respetuoso hacia las creencias ajenas. Véase *Más de cien españoles* y, sobre todo, *Menéndez Pelayo: historia de sus problemas intelectuales*.



Pero con ello no salimos de la neutralidad. Acercuémonos, entonces, a la visión de uno de los bandos, el del viejo oligarca que compuso lo que ahora conocemos por *La república de los atenienses*, atribuida alguna vez a Jenofonte, gracias a cierta afinidad ideológica con la *República de los lacedemonios*.<sup>3</sup> Allí se dice de la democracia: “el que hayan preferido ese sistema de gobierno no lo apruebo por el hecho de que, al preferirlo, prefirieron que los plebeyos estuvieran mejor que las gentes de calidad” (trad. Fernández Galiano, p. 84). Aquí lo que se vierte por plebeyos, *po-nērous*, es literalmente ‘los malos’; lo que se traduce por la gente de calidad, *chrēstous*, ‘los buenos’. Luego se equipara

<sup>3</sup> Sin embargo, esa autoría ha sido descartada debido al desaliño y ocasional desmesura del tratadito.

a aquéllos con los pobres y el pueblo (*hoi penētes kai ho dē-mos*) y a éstos, con los nobles y los ricos (*tōn gennaiōn kai tōn plousiōn*). Así, pues, en la división helénica pocos-muchos lo esencial no es ser muchos o pocos, sino las características que cada grupo representa, y lo que cada partido asocia con características objetivas, en primer lugar la riqueza (que durante mucho tiempo se basa sobre todo en la propiedad de la tierra); a pesar de ciertas afirmaciones oblicuas que parecen admitir la justicia del gobierno del pueblo, lo que alega el viejo oligarca es que la nueva constitución ha privado del poder a los suyos, ha suplantado precisamente la *oligarquía*, el gobierno de los pocos y mejores. En definitiva, se alega una superioridad, una división entre los que valen más y los que valen menos, de manera que haberles quitado el mando a aquéllos constituye una subversión del orden natural.<sup>4</sup>

En torno de los temas de marginación y discriminación (capítulo IV), sería conveniente precisar quiénes marginan y quiénes discriminan. En general, la marginación divide a la comunidad en dos (con posibles submarginaciones), se da desde una fracción mayoritaria respecto de todos los demás, en tanto que con frecuencia la discriminación viene aplicada por una sección restringida del conjunto. Valdría la pena que se detallara la relación entre estas realidades y las ideas, creencias y actitudes que a menudo las sustentan y pretenden justificarlas. Es importante discernir el grado de aceptación o de tolerancia por parte de los minusvaluados o marginados o explotados, lo que de ninguna manera excluye el examen de las formas de resistencia de que se valen. Las más notorias y explosivas son, desde luego, las de naturaleza insurreccional, a las cuales se hace mención en *Fuente*, pero no son las únicas ni necesariamente las más eficaces. Las hay también de tono menor, ejercidas en el día a día o en coyunturas específicas de corta duración. A este respecto, tenemos presentes entre otros los trabajos de James Scott, politólogo-antropólogo, y en particular *Weapons of the*

<sup>4</sup> Victor Ehrenberg, que dicho sea de paso ha compuesto una luminosa monografía sobre *El estado griego*, comenta en *The people of Aristophanes*, el libro que escribiera sobre el pueblo real que aparece en el autor por excelencia de la comedia antigua: “In the pamphlet of the Pseudo-Xenophon the two social strata are contrasted with each other under various names and from every point of view—their political, their social and economic outlooks as well as their military importance and their education”. Como vemos, Ehrenberg también se ha aventurado en el estudio de obras a la vez ficticias y cómicas para desentrañar aspectos reales de la sociedad de la época aristofánica. Sin ir más lejos el estudio se subtitula *A sociology of the old Attic comedy*.



*weak*, investigación basada en una estancia en la aldea de Sedaka, Malasia.

En este lugar cabrían unas palabras acerca del importante tema de la existencia de musulmanes esclavos. Por un lado estaba vedado esclavizar a musulmanes, lo cual recoge el texto que hoy presentamos, agregando: "Sólo se podía esclavizar a los no musulmanes y en caso de que el esclavo se convirtiera al Islam, la legislación establecía su manumisión inmediata" (p. 91). ¿Cómo compaginar lo afirmado con el extenso pasaje reproducido del tratado de Ibn Butlan sobre la compra de esclavos (pp. 95-99), donde se hace referencia a esclavas mequíes, medínies, yemeníes y taifíes, habitantes de la propia península arábiga? La verdad es que la manumisión no era automática. Si no fuera así, tampoco sería sencillo explicar que de pronto las fuentes hablen de esclavos piadosos, practicantes del islam.

Ahora, desearía introducir un complemento relativo al alcance y distribución de grupos humanos durante los siglos iniciales de las sociedades islámicas. En la interesante sección sobre profesiones y actividades económicas, se trata a las minorías religiosas dentro del apartado sobre la sociedad urbana, pero ellas nunca estuvieron circunscritas a las ciudades, y hasta hoy sigue habiendo campesinos cristianos en el Alto Egipto, por ejemplo. La tesis más plausible es que en sustancia descendían de otros cristianos que poblaban el país al advenimiento de la conquista musulmana.

Para concluir quisiera citar un pasaje que se halla hacia el fin de la conclusión:

"El autor plasma en su libro muchas de las creencias, prácticas sociales, problemas económicos, costumbres, actividades, profesiones, quehaceres, división del trabajo por sexo, separación de campo-ciudad y divisiones de la sociedad en musulmanes y no musulmanes, en árabes y *mawali*, en ricos y pobres, en gente en posiciones de poder y gente subordinada, en libres y esclavos, en creyentes e infieles. Sin embargo, por sobre todas estas divisiones y estas aparentemente irreconciliables dicotomías, el islam se alzó como el elemento unificador de la política, la religión y de toda la cultura" (p. 183).

Con el primer aserto concuerdo plenamente. Aun cuando el segundo no se desprende de manera obvia del libro de Roberto ni de la sociedad de al-Yāhiz, y tampoco del *Libro de los avaros* ni del conjunto de las obras suyas que han llegado a nosotros, su contenido me parece parcialmente justo desde una perspectiva multiseccular. Habrá de añadirse, desde luego, que en ninguna época el islam fue en exclusividad el elemento unificador de la política ni que ésta fue practicada de un solo modo; que la religión no fue una en todos los aspectos (y no sólo por la existencia de minorías no musulmanas), y que es indudable que hubo una cultura compartida por casi todos coexistiendo con numerosas subculturas, donde el islam fue uno de los más importantes factores de unificación, pero no el único. ☪

## Poemas

Una niña camina dentro de una fuente de cantera  
sin agua  
sólo el sonido de sus pasos es oleaje del sueño  
seguirá avanzando  
dejará caer los zapatos en el musgoso sonido  
de la Eternidad

Seguirá dentro de esa fuente  
hasta que su madre la llame  
y el tiempo de jugar se agote  
y ella deba ir a casa  
o crecer  
separada de este día que ya existe

La poesía es su otra mitad:  
la acuática



Sobre los techos nómadas del mundo  
visiones de sus alas florecidas  
o la azul palidez del aire asido  
por la mano insumisa del azar

Pájaro que se extiende en el cielo  
que abandona sus alas y planea  
y arroja de su cuerpo lo imposible;  
la sílaba o el nombre libertad

La palabra regresa y se disuelve  
impresa para siempre entre sus plumas  
plumas rojas, inscrites, insinuadas

Las venas de la aurora son claveles  
pétalos de una lluvia incandescente  
o quizás el impulso de volar



Un desnudo sin brújula es el norte  
cementerio de cisnes y amatistas  
anclado entre tus piernas minerales  
con la roja marea de una luna

Un desnudo es metáfora perversa  
del lenguaje furioso donde anidan  
los párpados agónicos del mundo  
los ángeles maléficos y heridos

Un desnudo sin luz es sólo libre  
en la tiniebla rota de los signos  
por el ala de un pájaro de piedra  
o la larga fisura que es el tiempo



Derramada  
en la palabra noche  
más desnuda  
por la brevedad del oleaje

la luz  
    hebra de mercurio  
dibuja redes  
antes de sumergirse

El agua fuga líneas  
    láminas de viento  
presagio disperso en esta hora  
    metal o quimera  
frontera que vence los párpados  
e invierte las formas

Un barco navega en los manglares  
y tu nombre nace y se ahoga  
en su cauce vegetal  
en la sílaba prófuga  
que revierte palabras

y naufraga la sustancia poética  
    sepultándola

Anclada entre mis muslos  
una fragata duerme puertos  
sólo queda el rastro de tu aliento  
y la impaciencia de una voz

En el firmamento  
la sombra alarga  
su propia oscuridad  
fractura la transparencia del verso  
y cae  
atrás del mar o del cielo  
donde Dios es una metáfora  
y la muerte  
nada €



# La presencia de lo subalterno: entrevista con Saurabh Dube

Saurabh Dube, profesor invitado de El Colegio de México, ha publicado bajo el sello de esta casa de estudios los libros *Pasados poscoloniales* y *Sujetos subalternos*. Acerca de ellos conversa en esta entrevista, sobre el futuro de la reflexión en el campo de los *Estudios Subalternos* y su relación con México.

**P** ¿Cuál es la relación de este libro con los Estudios Subalternos?

**R.** El proyecto Estudios Subalternos surgió a fines de los setenta, promovido por un grupo de jóvenes radicales que hacían historia de la India, encabezados por Ranajit Guha, un establecido académico crítico que enseñaba historia en la Universidad de Sussex. El propósito de estas reuniones era crear una nueva agenda para la historia de la India, una agenda que rechazara el elitismo de los enfoques —nacionalistas, coloniales, imperialistas o marxistas— que han caracterizado los escritos históricos sobre la India. De manera que desde sus primeras etapas, los Estudios Subalternos tuvieron un espíritu crítico. Sin embargo, como proyecto no fue solamente una simple continuación de la “Historia desde abajo”, sino más bien creó su propia lista de preguntas, en especial acerca de cómo uno tiene que entender la historia de la nación. Ahora, una discusión más amplia acerca del proyecto de Estudios Subalternos se encuentra en la introducción a *Sujetos subalternos* y en el primer capítulo de éste, así como en mi otro libro *Pasados poscoloniales*. Los Estudios Subalternos siempre han estado animados por diferentes posturas, y uno de los cambios más significativos surgió en los últimos 10 o 12 años, el cual ha provocado trasladarse de la historia de las comunidades subalternas a una consideración más amplia del discurso y la práctica del Estado, la nación y la modernidad.

Básicamente se trata no sólo de un enfoque singular en lo subalterno, sino más bien de cómo lo subalterno puede ser visto como una perspectiva. Y es precisamente por su articulación como perspectiva que lo subalterno puede descubrir los rostros ocultos del Estado moderno y de la nación, y del poder que ejercen. Podemos ver que por lo

menos en el ámbito de la nación existe una continuidad entre el primer enfoque de los Estudios Subalternos así como de los últimos. Mi trabajo ha sido desarrollado como una parte del proyecto Estudios Subalternos. Lo que quiero decir es que he aprendido mucho de él, varios miembros de éste han sido mis maestros, pero al mismo tiempo desde el principio mi trabajo ha significado un compromiso crítico con él. Y es quizás en este sentido que *Sujetos subalternos* lleva a cabo y marca un comentario crítico de este proyecto. Déjeme explicarle: el título en sí (*Sujetos subalternos*) sugiere que los sujetos sobre los que he discutido no lo son sólo en el sentido de grupos sociales subalternos reales. También son sujetos en el sentido de lo que constituye un sujeto de conocimiento, incluyendo el enfoque crítico que implica lo subalterno visto como perspectiva. Mi compromiso crítico y aprendizaje de los Estudios Subalternos ha significado que en *Sujetos subalternos* construyo lecturas que son críticas tanto de las primeras como de las últimas orientaciones de Estudios Subalternos, y hago esto sin perder de vista lo que es positivo de este proyecto al construir lecturas de esta manera. Por ejemplo, soy crítico de su primer acercamiento, el cual no cuestionó la idea de nación como un todo, de cómo la historia de los grupos subalternos continuó siendo escrita bajo la marca de la nación, la conjunción de historia y nación; al mismo tiempo, considero significativo que en esta etapa las percepciones subalternas cuestionaban consideraciones dominantes de nación y nacionalismo. En otras palabras, se trata de comprender el colonialismo, el Estado, la nación y la modernidad, no en términos de atributos modulares de teoría, o teoría heredada, sino cuestionando dicha teoría al decir que el Estado, la nación, la modernidad y la colonia también tienen su vida cotidiana-



na, que existen como formas debido a la interacción entre los diferentes grupos, las comunidades, las clases sociales.

**P.** ¿De qué manera trata en su libro los conceptos de “sociedades occidentales” y “sociedades orientales”?

**R.** Actualmente, la cuestión acerca de la oposición que implica “sociedades occidentales” y “sociedades orientales” es básica para lo que he estado diciendo y, por supuesto, para lo que es mi trabajo. Me parece que la distinción entre el Este y el Oeste es en sí misma una representación, una imagen dominante de autorrepresentaciones de la modernidad. Ahora bien, se debe entender que “modernidad” es una abstracción, de la misma manera en que es algo concreto. No es que la modernidad puesta como un objeto se muestre a través de sus representaciones, sino que la modernidad está articulada en términos de un conjunto de imágenes, ideas e ideologías. Por ejemplo, para Hegel, la historia comienza en el Este pero encuentra su realización en el Oeste. Aquí estoy tratando de referirme a dos cosas: una, la distinción entre Este y Oeste fue formulada de acuerdo con los conocimientos dominantes de la historia universal como una autorrepresentación de la modernidad. La otra es que aunque se cuestionan los límites, por ejemplo, de Hegel, Marx o Weber, esto no significa que abandonemos sus ideas, sino que pensamos por

medio de ellas. Se trata de repensar, de manejar lecturas que se construyen de manera crítica, como lo hice con los Estudios Subalternos, pues hay mucho que aprender aquí, mucho que criticar, y esto debe hacerse con una actitud modesta. El asunto es que Este y Oeste son categorías infladas, demasiado grandes, pero con esto simplemente no vamos a hacerlas desaparecer. Esto se extiende más allá: se trata de volver a nombrar las divisiones radicales que han sido creadas, como Este y Oeste, como parte de un conocimiento autoritativo ideológico, como parte de procesos coloniales, como parte de la escritura clásica de los siglos XVIII y XIX. Pero también necesitamos una manera más significativa de pensar la diferencia cultural e histórica.

**P.** Usted habla de oposiciones binarias entre “magia y modernidad”, “razón y emoción”. ¿Cuál es allí el papel de los Estudios Subalternos?

**R.** Permítame desarrollar esta pregunta en dos partes. La primera es cuál es el lugar de dichas oposiciones en el mundo contemporáneo en términos de conocimiento, y la segunda, cómo han lidiado los Estudios Subalternos con estas cuestiones. La primera respuesta puede surgir de lo que hablábamos anteriormente, ya que no se trata sólo de la división o de la oposición entre Este y Oeste, que fue instituida por la historia universal como la historia del progreso —la de una Europa— una Europa imaginaria y tangible, provincial pero amplia —como el centro y el fin de la historia universal. Ahora bien, la oposición entre Este y Oeste implica además las oposiciones entre la magia y lo moderno, razón y emoción, más aún entre tradición y modernidad, comunidad y Estado. Y mi propósito es, tanto en *Sujetos Subalternos* como en mis otros escritos, ir más allá, al reconocer la ingente prominencia de estas imágenes, así como contrarrestarlas, con un espíritu crítico. Ese ir más allá con el pensamiento, para neutralizar las oposiciones, no basta. El problema con ese enfoque es que olvida que lo que comenzó como categorías de pensamiento o categorías epistemológicas, adquirieron después una dimensión ontológica que se convertiría en un atributo de realidad. Por ejemplo, los grupos indígenas en Australia y México reivindican la tradición y la comunidad, porque estas categorías han adquirido una importancia desmesurada en los regímenes de la modernidad, incluyendo los retos a la propia modernidad. Lo que estoy sugiriendo aquí no es que los grupos indígenas en Australia y México simplemente estén equivocados, sino que debemos reconocer sus representaciones co mo



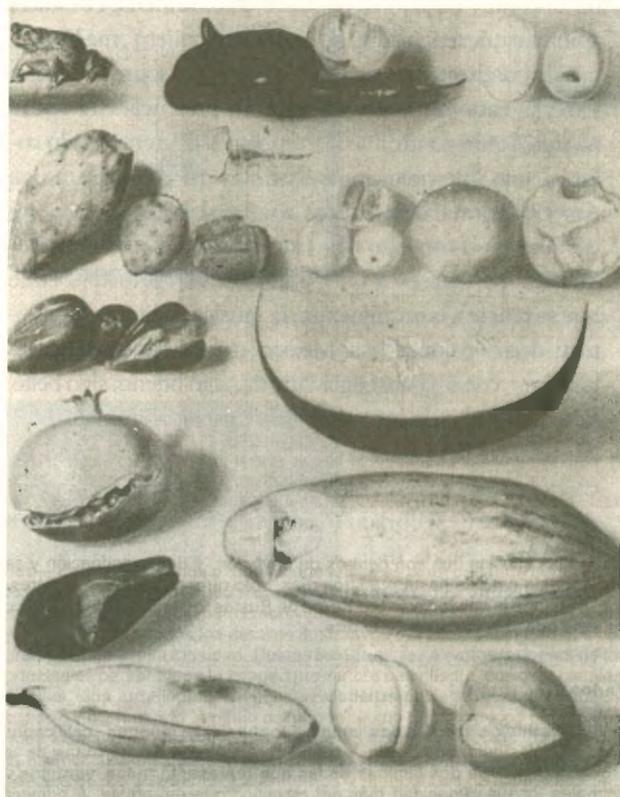
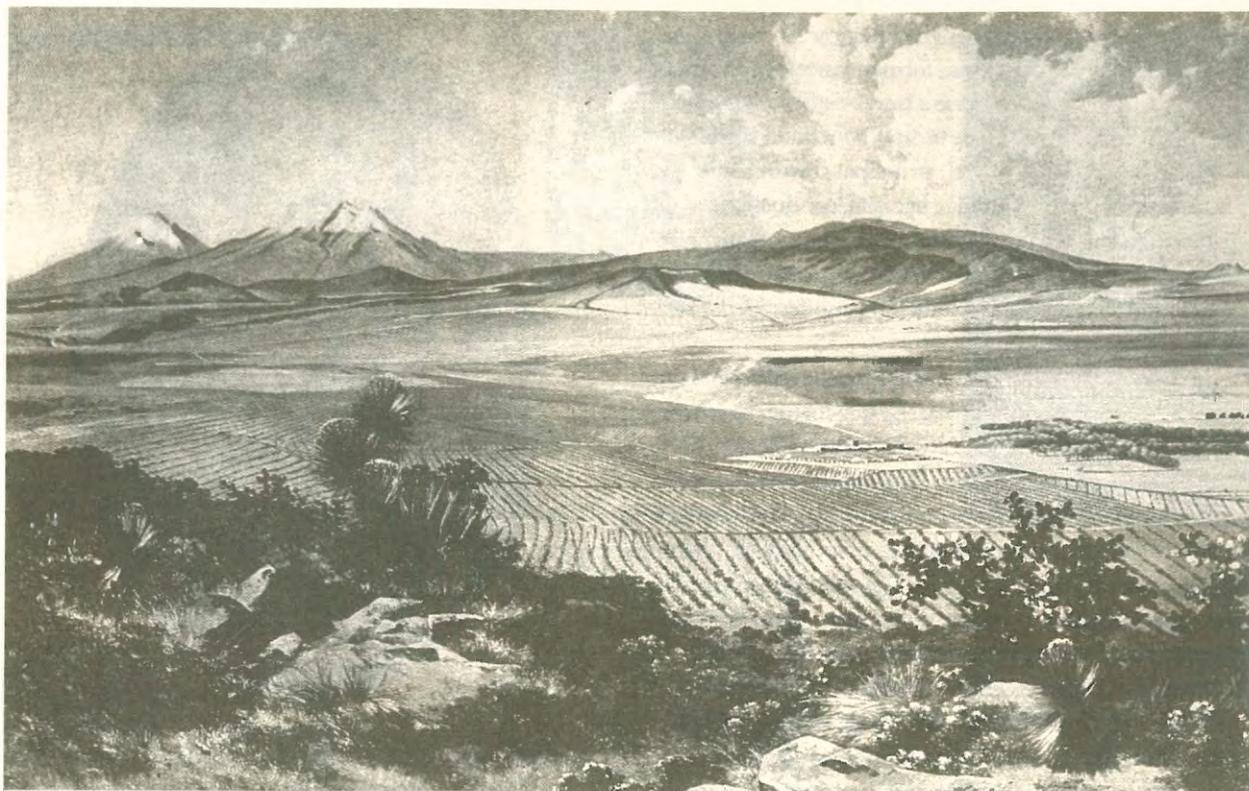
parte de imágenes y visiones de la propia modernidad. Los Estudios Subalternos han reconocido e ignorado tales procesos. Permítame expresar mi perspectiva sobre el tema. Así como hablamos de los grupos indígenas también podemos hablar de otros tipos de grupos subalternos: son artificios de sus imágenes que existen en el horizonte de la modernidad, pero al mismo tiempo construyen lo que al principio mencioné como diferentes conocimientos de la modernidad y el Estado. La noción de una comunidad auténtica, una tradición auténtica, es actualmente una invención de las representaciones dominantes de la modernidad. No es que las tradiciones comunitarias, sus costumbres, no existan, sino que la forma particular que han adquirido en términos de autenticidad, en términos de auténtica tradición, es una la función de cómo la modernidad ha sido articulada como ideología y como práctica histórica.

**P.** ¿Cómo se relaciona esto con la cuestión de la globalización y lo local?

**R.** Habrá que comenzar con el cuestionamiento de la noción de los procesos impersonales del mundo globalizado por un lado, y las historias locales y subalternas por el otro. Esto también implicará un imperativo crítico, que va más allá de las dualidades. Pensamos en las historias subalternas como necesariamente locales y particulares, ya sea que hablemos de género, raza, o grupos indígenas. Sin embargo, en todos estos casos, estas historias locales específicas y concretas han sido moldeadas durante los pasados cinco siglos, por ejemplo, por procesos globales mucho más amplios. El fenómeno de la globalización no comienza en los últimos 30 años. La globalización retrocede mucho más atrás, en términos de flujos globales de mercancías, culturas, artefactos, gente, migración: ha existido por lo menos desde hace cinco siglos como parte del colonialismo, de la modernidad, como parte de imperios, de modernidades coloniales... después de todo, la modernidad en sí misma se ha desarrollado en relación con el colonialismo, y la globalización en relación con sus márgenes. Ahora bien, lo que esto realmente significa es que lo que se transforma en local y particular ha sido actualmente convertido en un proceso más amplio. No quiere decir que no sean procesos particulares o específicos, sino que la particularidad y la especificidad en sí mismas necesitan ser comprendidas como parte de procesos más amplios. Aquí, la globalización ha sido afectada precisamente por estos aspectos. He escuchado a académicos hablar acerca de cómo la globalización existe porque la gente viste camisetas de Madonna y de Michael Jordan indistintamente en Shanghai, en Hong Kong, en Nueva Delhi, en la Ciudad de México y en Río de Janeiro. Al mismo tiempo, lo que me interesa es cuáles son los diferentes significados de Madonna y Michael Jordan que se construyen en estos lugares. Es aquí que uno rompe con la noción de globalización como una fuerza uniforme y singular. Es aquí que comenzamos a ver cómo la globalización es moldeada por la diferencia, al mismo tiempo que uno comienza a ver cómo los pasados subalternos y locales – y sus propias marcas de la diferencia – han sido moldeados por procesos de poder y la historia, de la economía y el imperio, el Estado y la nación, la modernidad y la globalización.

**P.** Usted a veces se expresa como lo hacen los antropólogos. ¿Qué tipo de antropología, o qué tipo de historia, hace?

**R.** Me agrada que me considere antropólogo, pero soy historiador. Aunque, por así decirlo, el tipo de historia que



he tratado de hacer se ve reflejado en el tipo de respuestas que he desarrollado aquí, como una manera de responder a sus preguntas; indica lo mucho que mi propio pensamiento y trabajo ha sido influido por interpretaciones antropológicas, no sólo como un trabajo formal a través de la antropología, sino también de una sensibilidad etnográfica. Entonces, para responder a su pregunta, diría que mi trabajo es una historia etnográfica o una antropología histórica. Sin embargo, no se trata de crear nuevas subdisciplinas, sino de reconocer los tipos de oposición de los que hemos estado hablando, y el énfasis que hago, mi insistencia en la necesidad de pensar más allá, de cuestionarlos, reconociendo su importancia, tomar conciencia de que una historia crítica, una antropología crítica no pueden estar separadas la una de la otra. Es precisamente al unirlas en una conjunción crítica que llegamos a nuevas maneras de conceptualizar nuestro conocimiento del mundo, que llegamos a nuevas maneras de confrontar, por ejemplo, asuntos filosóficos. Estoy sugiriendo que la antropología histórica y la historia etnográfica no son otras subespecialidades unidas por un guión; para mí representan diferentes tipos de sensibilidades con respecto a la historia crítica. No es sólo un asunto de evaluación programática de cómo la historia y la antropología pue-

den reunirse, sino una manera de practicar su conjunción, que las fuentes primarias que forman parte del acervo de los historiadores pueden leerse a través de filtros etnográficos. Igualmente, el trabajo de campo, a menudo considerado la materia prima y el principal insumo de la antropología y la etnografía, necesita conducirse en un diálogo con imágenes históricas, pues de otra manera llegamos al mismo tipo de dualidades, entre salvaje y civilizado, ritual y racionalidad, tradición y modernidad, Este y Oeste.

En *Sujetos subalternos*, por ejemplo, hago reflexiones críticas, no dogmáticas ni sectarias. Lo que intento es recuperar un espíritu crítico y constructivo. Esta reflexión no se desarrolla en abstracto, sino en relación con procesos específicos de la historia y el poder, la cultura y la sociedad. En términos del conocimiento actual, esto significa que mi trabajo está basado en lo que los historiadores consideran investigación dura, es decir, de archivo, pero al mismo tiempo pasa por filtros etnográficos, y mezcla la lectura del archivo con “experiencias de historia” —como diría Gadamer— para construir formas distintas de escribirla, que han sido calificadas como “nuevas formas de narración”. Las cuestiones de teoría, de pensamiento crítico, están igualmente engastadas en la manera en que escribimos, en la manera en que éstas se ponen en movimiento, como parte de las historias que son narradas.

**P.** ¿De qué manera su estancia en México ha influido en el trabajo que ha realizado?

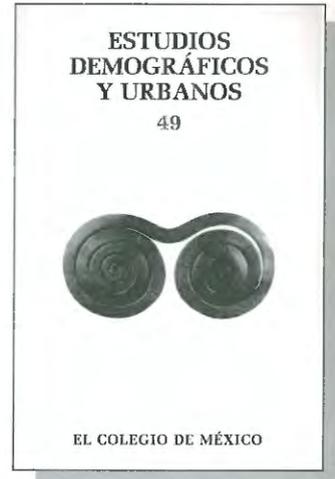
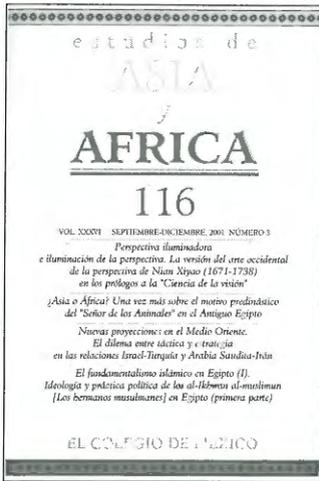
**R.** Todo lo que le he dicho y mucho de lo que escribo está relacionado con mi presencia en México. Hay un escritor que dice que él tiene su casa donde quiera que pone su máquina de escribir. La mía está en donde encuentro una



computadora. En México me siento en casa, claro, pero mi sentimiento de “estar como en casa” no proviene de la presencia de una computadora; en este momento México es un tipo muy particular de “casa.” Precisamente el estatus ambiguo que tengo aquí, de “nativo extranjero”, me ha permitido confrontar las suposiciones básicas sobre la historia y teoría. Para muestra un botón. Mi presencia en México ha significado confrontar percepciones diferentes de lo colonial, con interpretaciones distintas del colonialismo en América Latina, comparadas con las del Sur de Asia. Por ejemplo, en el contexto latinoamericano, las cuestiones coloniales pertenecen a un lugar lejano, en principio en lo que se refiere a la arquitectura, la música, la literatura colonial: decir “colonial” en México o en Latinoamérica es nombrar, con una nostalgia ilusoria, algo bueno, algo bello, decir colonial en la India es pensar de manera inmediata en la presencia del poder colonial de Gran Bretaña. Aunque en ambos casos, la relación entre el colonialismo y la modernidad se ha ignorado frecuentemente. Vivir en México y escribir sobre la India es repensar los vínculos entre la modernidad y el colonialismo —en América Latina y el Sur de Asia. La presencia espectral del colonialismo no es sólo un atributo del pasado, sino también una presencia fantasmal y palpable en la que tanto el pasado como el presente de lugares “marginales” y espacios “primitivos” se definen constantemente, permeando la idea, la representación, la historia de la modernidad.€

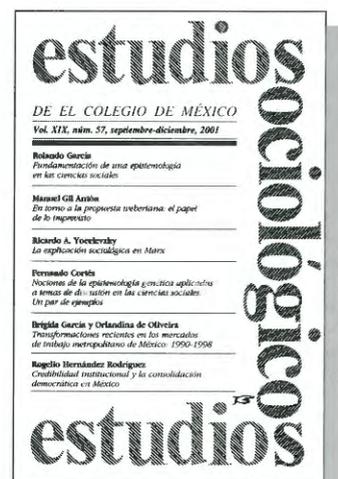


# PUBLICACIONES PERIÓDICICAS

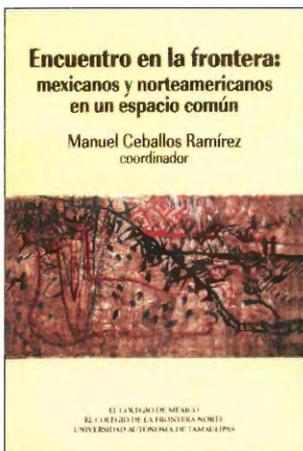
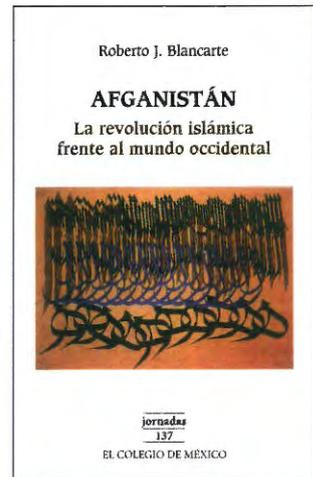
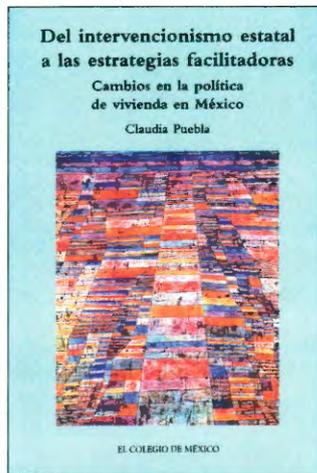
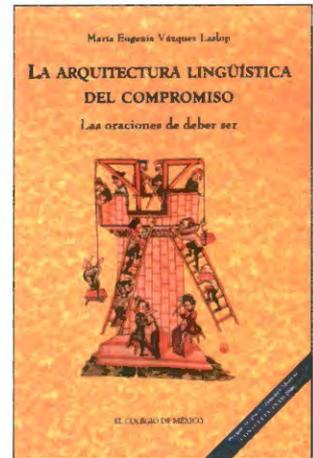
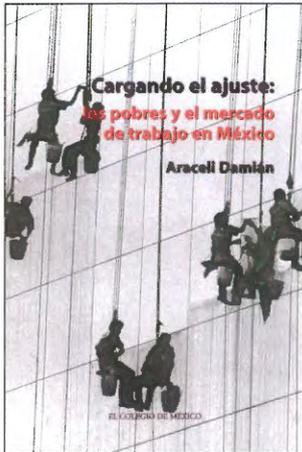


## EL COLEGIO DE MÉXICO

El Colegio de México, A. C.,  
Dirección de Publicaciones,  
Camino al Ajusco 20,  
Pedregal de Santa Teresa,  
10740 México, D. F.  
Para mayores informes:  
5449 3000, exts. 3090, 3138 y 3295,  
Fax: 5449 3083 o Correo electrónico:  
publi@colmex.mx



# NOVEDADES



## EL COLEGIO DE MÉXICO

El Colegio de México, A. C.,  
Dirección de Publicaciones,  
Camino al Ajusco 20,  
Pedregal de Santa Teresa,  
10740 México, D. F.  
Para mayores informes:  
5449 3000, exts. 3090, 3138 y 3295,  
Fax: 5449 3083 o Correo electrónico:  
publi@colmex.mx

